

CÉSAR BONA



LA NUEVA

Los retos y desafíos de un maestro de hoy

EDUCACIÓN



Lectulandia

¿Por qué ya no son tan importantes los libros de texto? ¿Por qué hay que relativizar la importancia de los deberes? ¿Por qué se debe educar en empatía? ¿Por qué la educación debe estar por encima de todos los gobiernos?

La nueva educación es el testimonio sincero y valioso de un maestro de hoy.

«Cada niño es un universo. Todos los niños son extraordinarios y no basta con llenarles la cabeza de datos, sino que hay que facilitarles herramientas como conocimiento, empatía, sensibilidad y resiliencia para que puedan salir fortalecidos de las situaciones adversas. Deben saber que si se proponen algo y luchan por ello, pueden conseguirlo, y que de ellos depende que el mundo sea un lugar mejor.» (César Bona)

César Bona, uno de los cincuenta mejores maestros del mundo según el *Global Teacher Prize*, el llamado Premio Nobel de los profesores, nos aclara en este libro que ser maestro no es acomodar a los alumnos a unos planes de estudio: todo educador debe adaptarse al motor imparable y entusiasmado de un niño. Hay que motivarles, estimular su creatividad y aguijonear su curiosidad; porque los niños no son solo los adultos del mañana: son habitantes del presente.

Lectulandia

César Bona

La nueva educación

ePub r1.0

FLeCos 03.08.2018

Título original: *La nueva educación*

César Bona, 2015

Editor digital: FLeCos

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a todos los niños y niñas que me he encontrado en el camino. De todos he aprendido. Y por haber vivido junto a mí un año de tal intensidad contagiándome alegría e ilusión, gracias a Helen, Paula, Marc, Mr. Puyuelo, Alba, Albert, Javi, Yulian, Reichel, Coral, Mohamed, José Ángel de las Mercedes, Celia, Luchía, Leonor, Adrián, Eloy, Sara, Elena, Rubén, Nerea y Diegov.

Encontraremos piedras en el camino, pero compartir el mundo de los niños
nos ayuda a entender que nada es imposible.

CÉSAR BONA

César dice que se transforma en niño cuando llega a clase y que nos manda
cosas que a él le gustaban de pequeño. No solo quiere enseñarnos a
nosotros, sino que nosotros le enseñemos a él. Yo creo que le mantenemos
la creatividad.

CELIA GARCÍA,
alumna de César de 5.º Primaria
Colegio Puerta de Sancho, Zaragoza

Obviedad a cumplir I:

**La educación debe estar por encima de cualquier
gobierno.**

Obviedad a cumplir II:

Cuando se escriba una nueva ley de educación, sería interesante que en esa mesa de pensadores estuvieran sentados los educadores que trabajan todos los días con niños y adolescentes.

1

INVITACIÓN A SER MAESTRO

¿Por qué elegí ser maestro? Porque los maestros podemos abrir puertas y ventanas para que los niños se conviertan en personas plenas, porque está en nuestras manos el empujarles hacia delante para que ellos mismos construyan su presente y su futuro. Podemos hacerles que participen en la sociedad para que nos ayuden a cambiar las cosas. Y para eso también hemos de ofrecerles herramientas. Que sepan cómo expresar una emoción o un pensamiento, que conozcan cómo defender un argumento o aceptar las equivocaciones. Que consigan ser seres resilientes y que esa flexibilidad los transforme en personas más sociales, para poder luchar así por escapar de la individualidad y el egoísmo que, sin darnos cuenta, se convierten muchas veces en parte de nuestra vida.

Subestimamos a los niños constantemente. Llevan a cabo cosas increíbles si se las proponemos. Así, un lunes les animé a retirar los cuadernos de las mesas y prohibí que nadie hablara si no era en verso. Les di algunas pautas y tímidamente comenzaron a expresarse. Estuvimos así toda la semana y, para cuando llegó el viernes, aquello parecía una obra de teatro de Shakespeare. Lo he vivido en carne propia, no se trata de un espejismo: son niños y pueden hacer muchas cosas. Y además tienen una imaginación portentosa, son capaces de ver las cosas de manera diferente si logramos liberarlos de tantas reglas que se imponen en las escuelas. Precisamente por eso su participación en la sociedad resulta tan valiosa. Trabajemos el respeto a las demás personas pero también hacia ellos mismos; respeto al lugar donde viven y a los seres con quienes lo comparten. Es nuestra obligación convertirlos en ciudadanos globales, prepararlos para los retos que la vida les presentará. Las Matemáticas, el Inglés, etc., deberían dirigirse hacia ese camino, es decir, a facilitarles la vida y no a convertirse en meros objetivos de evaluación.

Los maestros llevamos unas gafas mágicas que olvidamos quitarnos a veces. Nuestra visión de la educación, de los niños y del mundo en general, suele ser excesivamente didáctica. Nos parece que todo ha de estar enfocado para enseñar cosas a los niños. Y es así, pero tampoco hemos de forzarlo. En la infancia aprendemos por curiosidad, una curiosidad innata que nos acompaña a lo largo de nuestra vida, pero que muchos dejan de lado conforme crecen. No hay más. En las escuelas nos empeñamos en enseñarles en lugar de invitarles a aprender. Estimular esa curiosidad a diario debería ser obligatorio para todos aquellos que quieran ser maestros.

Debemos aguijonear esa curiosidad, desde luego, pero también transformarnos nosotros mismos en una persona curiosa, con deseos de aprender de todo lo que nos rodea. Un maestro no solo se forma en los cursos homologados por no-sé-quién. Un maestro, una maestra debe atesorar en su interior una máquina de búsqueda repleta de preguntas: por qué, cómo es posible, de dónde, cuánto... ¿Y por qué no aprender con los alumnos, es decir, que sean ellos quienes nos enseñen a nosotros? Ésa es otra de las claves que me guían. Recordemos que si existe algo que le gusta a un niño es sentirse investigador. Aprovechemos para que nos enseñen cosas que desconocemos.

Los niños y las niñas pueden sorprendernos, dejémosles espacio para que den un paso adelante.

Te reto a dar a conocer tus proyectos, no permitas que mueran en el aula. Abre las puertas y compártelos. ¿Funcionan con tus niños? Ofrécelos al mundo, comuniquémonos y crezcamos juntos. Miles de proyectos maravillosos jamás se conocerán porque un maestro o una maestra no se atrevieron a dar ese paso, muchas veces por vergüenza o por pensar que no son suficientemente buenos. ¿Ha resultado con un niño? ¡Queremos conocerlo!

En este libro me propuse realizar un recorrido por los proyectos que he llevado a cabo durante estos años, porque me ayudan a reflexionar sobre lo que he hecho como maestro y, además, me sirven de apoyo a la hora de desarrollar todos mis pensamientos y convicciones sobre la educación.

Te propongo, a ti que ahora me lees, estimular la curiosidad de tus niños al menos una vez al día. Olvídate de que es la hora de Matemáticas o Lengua, Educación Física o Inglés. El hecho de aprender no debería estar encajonado, la curiosidad no entiende de límites.

Te reto a ser maestro, a redescubrir la esencia de este oficio si ya lo eres, y a contagiar a todas las personas que se crucen en tu camino con esa pasión que ha de acompañarnos siempre. Te reto a que tengas una actitud positiva y llena de pasión para que los niños deseen imitarte, y no te dejes contagiar por los que ya hace tiempo olvidaron la magia de esta profesión.

Que de lejos te vean llegar y digan: «Ahí viene el maestro», con orgullo, con toda la admiración que nuestra profesión se merece, porque de ella provienen todas las demás, y porque con ella se puede contribuir, y mucho, a hacer de este mundo un lugar mejor.

Y si eres padre, o madre, te invito a que des un paso adelante y trabajes hombro con hombro con los maestros que conozcas para que el factor humano esté por encima de los números. Te animo a ofrecer ideas, a proponer cambios, a ser una pieza más de este sistema educativo fresco y nuevo que todos queremos y del que todos somos parte. Por eso, precisamente, entre todos hemos de colocar la educación en el lugar que merece.

VIAJE EN EL TIEMPO.
LA INFLUENCIA DE LOS MAESTROS

Antes del 8 de diciembre de 2014, yo siempre solía decir que me encantaría visitar las facultades de Educación para hablar a los futuros maestros y maestras. No para enseñarles, claro que no. Mi idea era hablarles de actitud, de cuán importante es un maestro o una maestra en la vida de cientos de niños, de cómo vamos a influir en sus vidas. Y quería hablarles desde la experiencia de una persona que está en contacto con niños todos los días, pero también desde el adulto que recuerda con absoluta nitidez cómo se sentía con los maestros y maestras con los que aprendió a amar según qué cosas y a odiar otras.

Esos recuerdos me llevan a viajar en el tiempo, cuando era un niño, y en el espacio, a la escuela de Ainzón, mi pueblo. Allí estaba don Dionisio, frente a un atento César de ocho o nueve años que compartía pupitre con Dani, infatigable amigo que conocía como la palma de su mano en qué mes y en qué lugar nos esperaban las fresas, las cerezas o los albaricoques. Para mí siempre fue como esos expertos en mapas y localizaciones de las películas de comandos. De él me podía fiar.

Don Dionisio tenía un arte especial para mover el bigote si quería mostrar desacuerdo, y le bastaba fruncir el ceño para que no se oyera ni una mosca. Fue él quien me enseñó a sentir verdadera pasión por la lengua española, quien me animó a expresarme correctamente y a apreciar el valor de cada palabra y la fuerza de cada frase. A él le debo mis intentos continuos por hablar con propiedad y mi interés por hallar matices y aclarar conceptos.

Allí se encontraba también una maestra de cuyo nombre no quiero acordarme (qué bien me viene esta frase de don Miguel). Estaba en sexto, eso no lo olvidaré jamás. Dos acontecimientos permanecen en mi memoria del año que pasé con aquella mujer. El primero es que consiguió hacerme odiar las Matemáticas para toda la vida. Estoy seguro de que si hubiera tenido como maestra a alguien que adorara las mates, una persona que sintiera pasión por lo que hacía, esto no habría sucedido. He de decir que, bien mirado, le debo a ella mi decisión de lanzarme a las letras puras, con Latín y Griego, como escapatoria para huir de aquel martirio; y es gracias a ella, pues, que descubrí la mitología y todas las historias enrevesadas que constituyen la base de la literatura universal.

El recuerdo del otro acontecimiento que no se me olvidará jamás hace que todavía se dibuje una sonrisa en mi cara.

En nuestras clases no había demasiado espacio y dejábamos los cuadernos y los libros junto a los pupitres hasta formar verdaderas pilas en el suelo. En un examen un compañero colocó el libro de Matemáticas encima del todo, de tal modo que caía a la altura de sus rodillas. ¿El objetivo? Tener bien cerca la fuente del conocimiento por si se viese necesitado de hacer uso de ella. Y así sucedió. Con mucho arte y en mitad del examen abrió el libro, halló la página donde estaba explicado el ejercicio y comenzó a copiar.

El día de la entrega de las notas, este muchacho mostraba la confianza de la que suele presumir quien sabe los resultados con antelación. Sin embargo, algo había

salido mal. La señorita leyó su nombre e hizo una pausa larga. Todos estábamos atentos.

—Vamos a ver —habló la maestra mirándole con las cejas levantadas—, tú no habrás copiado, ¿verdad?

—¡No, no, señorita! ¡Para nada!

—Entonces ¿puedes explicarme qué significa esto?

Acto seguido, le tendió el examen de tal modo que quedó frente a los ojos de mi amigo. Con tanto entusiasmo había copiado, con tantas ganas, que incluso había añadido la referencia a los dibujos del libro. Y metido en un óvalo enorme marcado con bolígrafo rojo podía leerse:

«Véase figura 6».

Tal vez no sucedió así exactamente, pero de esa manera lo recordaré siempre. Y a ella, como el tipo de maestro que nunca querría ser.

UN MAESTRO APRENDE
DE LOS QUE TIENE A SU ALREDEDOR

No podemos olvidar jamás que si queremos enseñar, quienes primero tenemos que estar aprendiendo constantemente somos los maestros.

Cuando era alumno, pues, fueron dos maestros quienes me marcaron en los estudios. Y una vez que me convertí en adulto y empecé a trabajar en la educación, otras dos personas dejaron una huella imborrable en mi manera de entender la vida.

Yo tengo muchísimo que aprender, y seguiré aprendiendo de los compañeros y compañeras que estén a mi alrededor. No podemos olvidar jamás que si queremos enseñar, quienes primero tenemos que estar aprendiendo constantemente somos los maestros. Por eso no estoy de acuerdo cuando la gente dice: «El problema es que el parque de maestros y maestras en España está anticuado». En realidad, la anticuada es la actitud de muchos, quienes, incluso en algunos casos, acaban de comenzar su tarea como docentes. Mis dos grandes faros han sido dos maestros que ya no ejercen y con los que empecé trabajando codo con codo.

Tomás Giner se jubiló hace unos años. Él me enseñó a prestar atención a lo que les gusta a los niños y adolescentes, a pensar con sus cabezas; él me ayudó a desmitificar el rol del maestro solemne y traspasar la línea marcada a fuego que separa alumnos y docentes.

Carlos Sebastián nos dejó hace unos años (aunque me sigue inspirando cada día). Lo que recuerdo de él es una sonrisa eterna y su silueta siempre rodeada de niños correteando a su alrededor. Poseía una vitalidad que le convertía en uno más de ellos.

Ninguno de los dos era autoritario, ni miraba por encima del hombro a los alumnos; ninguno imponía castigos ejemplares. Eran maestros creativos, destilaban frescura, imaginación, cercanía y pasión por su profesión.

Cuando los veía trabajar me decía a mí mismo: «Ojalá que, cuando tenga su edad, mantenga esa ilusión cada día a la hora de ir al cole». Y sigo pensándolo: si algún día siento que he perdido la ilusión por mi trabajo, me dedicaré a otra cosa.

Para mí ésa es la primera gran lección que debe recordar cualquier maestro: da igual si tenemos veinte, treinta o cincuenta y tantos años. Cada día que vayamos a la escuela debemos hacerlo con ese entusiasmo, y vivir con pasión el regalo de ejercer esta profesión.

Por eso me siento especialmente bien cuando visito las facultades de Educación y empiezo por contarles todo esto a los futuros maestros y maestras; cuando soy consciente de que voy a hablar con gente que en poco tiempo tendrá en sus manos a cientos de niños siento una satisfacción indescriptible.

GLOBAL TEACHER PRIZE:
EL PREMIO A LOS MAESTROS

La nominación por parte del Global Teacher Prize me ha colocado en un escenario mediático, y sonrío por ello. Sonrío porque soy un maestro más y soy plenamente consciente de que cuando todo esto pase, cuando este tsunami que está removiendo los cimientos de la educación haya amainado, yo seguiré divirtiéndome en clase tanto como lo hacía antes, tanto como ahora.

Me siento afortunado por formar parte de este huracán que ha removido los cimientos de la educación. Cada día recibo cientos de mensajes de padres, madres, maestros y maestras en los que me expresan que ellos también apuestan por este tipo de enseñanza, una educación que, sobre todo, se basa en el factor humano, algo que muchas veces cae en el olvido.

Cuando fui nominado como uno de los cincuenta mejores maestros de todo el mundo, que es como decir «cuando empezó todo», sentí una alegría contenida. Tal y como siempre he defendido, hay muchos compañeros y compañeras que hacen un trabajo maravilloso pero que, por desgracia, no se conoce, y ellos o ellas podrían perfectamente estar en mi lugar. ¿Qué me diferencia, pues, de ellos? Simplemente, que tengo un amigo cansino que se empeñó en nominarme. Para conocer el cómo, vamos a remontarnos seis años atrás.

Yo había hecho una película de cine mudo con los niños de una escuela unitaria pública y nos invitaron al Festival de Cine Mudo en Uncastillo, Zaragoza, para proyectarla. Cuando finalizó la película, de cuarenta minutos, alguien bajó la escalera manoteando y diciendo:

—César, permite que me presente: soy Jaime López y estoy entusiasmado. Soy el pianista encargado de poner la banda sonora a las películas, y desde ahora me gustaría que contaras conmigo para lo que quieras.

—Anda —respondí—. Pues precisamente...

Y allí mismo le propuse componer la música de un documental que estaba haciendo con unos abuelos. Nos hicimos amigos de forma instantánea.

Tiempo después, en agosto Jaime se enteró, mientras leía un periódico, de la existencia de un premio global al profesorado. Acto seguido me llamó y dijo:

—Voy a apuntarte a esto. Creo que tienes posibilidades.

Yo me reí. Me hacía gracia que incluso se lo planteara.

—¡Ni de coña! —solté—. Yo no hago nada extraordinario: solo me divierto en clase y seguro que hay gente excepcional por el mundo que tiene proyectos alucinantes o trabaja de formas inimaginables. Así que no es posible.

Insistió durante dos o tres semanas hasta que finalmente me dijo:

—Mira, eres maestro. Si fueras albañil o arquitecto no tendrías posibilidades, pero eres maestro. Este concurso es para maestros y creo que lo que haces merece la pena.

—De acuerdo —le respondí.

Preparé un vídeo donde resumía los seis años de experiencia en la educación pública y en el cual incluí los proyectos que había realizado en las distintas escuelas

por donde había pasado.

*Yo no hago nada extraordinario:
solo me divierto en clase.*

Si nada hubiera sucedido, si no hubiera sido nominado, habría seguido siendo muy feliz. Pero confieso que el preparar la candidatura para el Global Teacher Prize y que ello me obligara a recopilar material de esos seis años, opiniones de los niños y los padres de los distintos lugares donde había sido maestro, de gente de la educación con la que había coincidido... fue uno de los mejores acontecimientos que podía imaginar. El resultado fue un vídeo de una hora y veintiséis minutos, un tesoro que guardaré conmigo para siempre. Eso, en sí mismo, era ya un premio.

Una vez terminado lo envié, y el jurado, compuesto por pedagogos y gente que trabaja en la educación de todo el mundo, consideró que mis propuestas entraban dentro de los criterios para colocarme entre esos cincuenta maestros. ¿Y cuáles eran dichos criterios? Según rezan las bases, el maestro debe ser innovador, debe estar comprometido con su entorno e inspirar a los alumnos y a la comunidad. Bases que, en realidad, deberían ser requisitos para cualquier maestro.

Se presentaron 5000 candidaturas de 127 países; de éstas, quedaron preseleccionadas 1300 y de ahí se eligió a los cincuenta finalistas.

El hecho de que hubiera un español entre los finalistas provocó que todos los medios de comunicación se hicieran eco de la noticia. Radios, periódicos y televisiones hablaban sobre el premio mundial al profesorado. En las peluquerías se charlaba sobre los maestros que habían marcado las infancias y sobre métodos más o menos buenos. Durante un tiempo se hablaba de educación y deporte indistintamente. Parece surrealista, ¿cierto?

En definitiva, se estaba hablando de educación en positivo, y eso, en España, parecía casi un milagro, después de tanto tiempo en el que la palabra «educación» se había estado asociando a aspectos negativos y siempre mejorables. La palabra «maestro» no era muy bien considerada, y los resultados PISA y demás baremos internacionales no favorecían demasiado el que se nos tratara con el respeto que esta profesión merece.

De esa fase se pasó a seleccionar a los diez finalistas. Y el día anterior al que anunciaban a los diez elegidos, mis compañeros, reunidos en la sala de profesores de la escuela Puerta de Sancho, me decían:

—Y ¿vas a poder dormir bien esta noche? ¿No estás nervioso?

—Pues sí. Claro que voy a dormir muy bien. Y no, no estoy nervioso.

—No sé cómo puedes —resoplaba una compañera.

—Mirad. —Me senté—. Era muy difícil entrar entre los cincuenta; no esperéis que esté entre los diez.

Dormí bien, y al día siguiente supe que no había sido seleccionado. Cuando llegué a la escuela, las compañeras ponían cara de apesadumbradas y manifestaban su desilusión, dándome fuerzas mientras me sujetaban el brazo.

—Lo siento, César, lo siento.

Yo les animaba:

—Nada de «losientos». No sientas nada. Esto ha sido un regalo. Hace tres meses

no había nada y ahora tenemos todo esto. Por fin se está hablando de educación en positivo en España. Y esto va más allá de que esté yo o no, trasciende del hecho de que yo esté aquí: otra persona podría ocupar este lugar.

En definitiva, les animaba a pensar en todo lo bueno que estaba sucediendo y que puede desarrollarse a partir de ahora.

Por cierto, el premio lo ganó Nancie Atwell, una estadounidense. Pero la aparición de un maestro en un *late show* un sábado noche había sido *trending topic* en España. Meses después, a diario seguía hablándose en los medios de comunicación de que una nueva educación estaba surgiendo; proyectos que ya se realizaban antes de que nadie supiera de César están saliendo a la luz; se habla de metodologías que llevaban años probándose en distintos colegios y que ahora acaparan artículos de opinión. Sin duda, todo esto se debe a la aparición del Global Teacher Prize y a la Fundación Varkey Gems. Pero, insisto, yo me siento un maestro entre tantos que fue invitado a la fiesta del cambio y que ve lo que sucede desde una posición privilegiada en un momento que probablemente recordaremos durante años.

Que se hable de educación en positivo: ése es el verdadero premio.

Otra de las recompensas que este premio trae de la mano es el hecho de que mucha gente, muchos maestros y maestras en España y en muchas partes del mundo, van a sentirse valorados porque nunca han descuidado el factor humano en su trabajo. Y quizá donde antes la gente decía «qué cosas tan raras hacen éstos en clase», ahora se aprecie esa labor en su justo valor, pues coloca a los niños en el centro de importancia. Tocaré que madres y padres que se mostraban reacios a esa metodología hasta entonces «curiosa» apoyen sin reservas a estos maestros locos que se empeñaban en trabajar más la empatía y la sensibilidad de sus hijos. Puede ser que directores o directoras de centros abran los ojos ante la tendencia de escuchar a los niños; que algunos compañeros o compañeras no se muestren tan reacios ante proyectos que impliquen a todos los niños y al contexto donde viven; que algunas administraciones apoyen a esta gente que decide arriesgar y dedicar su tiempo a dar protagonismo a los niños y las niñas.

PÁSAME EL DESTORNILLADOR

Mi padre, ahora jubilado, ha sido toda su vida carpintero. Mi hermano mayor y yo íbamos a echarle una mano a menudo. Cuando mi hermano le ayudaba, mi padre le mandaba:

—¿Ves esta ventana? Cógela, quítale los pernios, líjala un poco y vuelves a colocarla. Ahora toma el destornillador, esos tornillos están sueltos.

Y mi hermano lo hacía.

Cuando era mi turno, mi padre me decía:

—Destornillador.

Yo me limitaba a extender la mano y acercárselo hasta donde su mano esperaba.

—Clavos. Venga, César, no te distraigas.

Ése era todo mi compromiso a la hora de ayudar a mi padre. Mi hermano, que se sentía más implicado, trabaja desde hace años en algo relacionado con la madera. Por mi parte, yo siempre he intentado huir de todo eso porque me aburría profundamente. A mi hermano, por el contrario, le encantaba porque se sentía importante, pero yo no. He de decir que cuando paso por un sitio donde hay serrín recién cortado cierro los ojos, inspiro y viajo a esa época y aparezco en el taller de mi padre cuando le ayudaba a veces a sujetar los tablones mientras los cortaba. ¡Qué maravilla poder viajar a aquel instante!

Muchas de las cosas de las que escribiré en este libro tienen que ver precisamente con la implicación. Y sonrío, porque estoy seguro de que alguno de vosotros, cuando acabe de leer, dirá:

—Pues este tío no hace nada extraordinario.

Desde luego que no. Ya lo digo de antemano. Voy a compartir cosas sencillas, básicas, pero que a veces se nos olvidan. Hablaremos del respeto, nos referiremos a la palabra empatía y a la sensibilidad, algo que debería formar parte de nosotros y que deberíamos fortalecer en nuestra formación o en nuestra rutina diaria, pero desafortunadamente a menudo las obviamos. Y veréis cómo, en ocasiones, invito a escuchar a los niños. No siempre se les presta atención, y antes de enseñar hemos de saber escuchar.

Estoy seguro de que cuando me refiera a algunas de estas cosas cabecearéis y os diréis: «Es obvio». Pero precisamente son ese tipo de cosas las que yo he echado en falta en muchas escuelas donde he estado, tanto de alumno como de maestro.

EL HOMBRE DE BIGOTE

La posibilidad que me ha otorgado el hecho de estar nominado, inmerso en toda esta marea, ha favorecido que viviera experiencias más que curiosas para un maestro. Y allí adonde he ido he intentado aprender algo. Me han invitado, por ejemplo, a muchos programas de televisión para contar esta vivencia y ofrecer mi visión sobre la educación en la actualidad. Lo cierto es que resulta raro ver a un maestro en televisión, y ojalá consigamos que esa imagen sea habitual. Aunque para eso debemos contribuir todos: la administración debería conceder permisos sin dudarlos cada vez que un maestro o una maestra son llamados por los medios. Estaría ayudando a que la figura del docente se visibilice. En mi caso en particular, en numerosas ocasiones he tenido que rechazar invitaciones de cadenas porque no me habían cedido el permiso para asistir a un debate o a un programa de opinión. Y visto el poder de los medios, se necesitan directivos que apuesten por introducir la educación en la parrilla. Muchos docentes con proyectos muy interesantes pueden iluminar otras escuelas y crear un efecto contagio y ya, de paso, sanear la imagen de esta televisión nuestra de cada día.

Uno de los programas adonde fui, aunque al principio me mostraba reticente porque tenía mis dudas al respecto, fue *El programa de Ana Rosa*. Los compañeros me preguntaban extrañados:

—Pero ¿tú qué vas a hacer allí? ¿Qué pintas en un programa de esas características?

En realidad, lo había pensado mucho. Yo me preguntaba lo mismo, pero había tomado la determinación de ir.

—Por lo general —les dije—, los educadores estamos acostumbrados a reunirnos en foros donde sabemos a ciencia cierta que se va a hablar de educación. Muchas veces hay que dar un paso y salir del círculo en el que nos movemos habitualmente para intentar contagiar a otras personas, es decir, deberíamos sentarnos a la mesa con quienes no están acostumbrados a hablar de lo que nosotros debatimos tanto y tan bien. Y agradezco que este programa me dé esa oportunidad.

Estaba en el camerino esperando mientras bebía un zumo. En mitad del trago entró un señor de bigote y, sin saludar, dijo:

—¿Tú quién eres?

—César —respondí.

—Bien, ¿y qué haces?

—Pues... He venido aquí porque soy maestro.

A esa explicación, este señor dio esta respuesta:

—¡Buah!

Simulé leer el periódico y no volví a dedicarle ni una mirada. A los pocos minutos entró el regidor y nos invitó a acompañarle. El programa, en directo, estaba a punto de comenzar.

El objeto de mi visita al programa era la nominación al premio, pues el hecho de que un español hubiera sido seleccionado entre todos los participantes era algo para

celebrar. El señor del bigote tomó la palabra y lo primero que dijo fue:

—Considero que los maestros tenéis demasiadas vacaciones.

No pude evitar una sonrisa. Intenté responderle en cuatro ocasiones, las mismas que él pretendía contestarse a sí mismo. Cuando encontré un instante en que él tomaba aire para seguir con su autorréplica, conseguí decirle:

—Disculpe, yo a mis niños les enseño a respetar al que va a hablar. —Y continué —: Mire, cada día que me levanto, cada día que voy a la escuela y entro en el aula, me siento un privilegiado. Cada día que yo voy a la escuela siento el placer inmenso de asistir a un lugar donde sé que voy a disfrutar. No diferencio entre vacaciones, que es cuando aprovecho para pensar qué haré con los niños durante el curso, y los días normales de trabajo, que es cuando estoy con ellos. Al parecer usted, en su trabajo, no siente lo mismo.

UNA PISCINA INFINITA DE IMAGINACIÓN

Los maestros somos unos privilegiados porque cada día tenemos la oportunidad de sumergirnos en una piscina infinita de imaginación, de ilusión y de inspiración de la cual todos y cada uno de nosotros se nutre. Con las historias que cuentan los niños se podrían escribir libros de éxito. Tienen una visión de las cosas que solo puede ocurrírsele a gente que no esté oprimida por la lógica de los adultos. Ideas innovadoras, perspectivas frescas y liberadas de presuposiciones que sueltan con una facilidad pasmosa. Si uno, como adulto, logra desvincularse de ese concepto de maestro serio, si consigue vivir esa libertad que le conecte con el niño que fue, disfrutará plenamente del lujo de compartir tantas horas con niños.

En cierta ocasión había estado unos días por Mallorca y regresé con cierto colorcillo. Llegué a clase y me dijeron todos:

—¡Qué moreno!

Entre ellos estaba Mr. Puyuelo, un niño de piel bastante clara. Se levantó y se quejó:

—¿Y yo qué?

—¡Morenísimo! ¡Madre mía del amor hermoso! ¡Ven aquí ahora mismo!

Sin ser consciente en ese momento de cómo nos influyen las películas, le hice salir a la pizarra, lo coloqué de espaldas a la clase, aparté el cuello de la camiseta hacia abajo y grité emocionado:

—¿Habíais visto alguna vez una nuca como ésta? ¿Alguien vio en su vida una nuca tan morena?

Y con aspavientos ceremoniosos acompañados de los aplausos de los niños le invité a enseñar su nuca a todos.

La influencia de Roberto Benigni y *La vida es bella* quedó patente en ese instante. Para quien no lo recuerde, se trata de un fragmento de la película en el que Guido se hace pasar por inspector de educación para poder ver a Dora, la chica que le gusta y que es maestra. Guido se sube por las mesas, se pone la cinta entre las piernas, se levanta la camiseta para mostrar su ombligo... ¡y se va por la ventana! Lo que daría yo por que un inspector así nos visitara de vez en cuando. ¡Todos estaríamos deseando que llegara!

Como veis, cuando uno se siente partícipe del mundo de los niños descubre que en ese universo las reglas se estiran y se encogen a su antojo. ¿Por qué, conforme crecemos, hemos de dejar de jugar? Si se pierde la esencia propia de la infancia perdemos demasiadas opciones de disfrutar más de la vida, y como maestros desperdiciamos aquello que nos acerca más a los propios niños.

Somos, pues, grandes privilegiados. Pero no se nos debe olvidar que tenemos una gran responsabilidad. Cada día debemos estimular su creatividad, aguijonear su curiosidad. Sacarlos de programa y sorprenderles. Pero tampoco podemos relegar la tarea de enseñarles sobre empatía, sensibilidad y respeto. Si yo pudiera hacer una *pizza* gigantesca sobre educación, la base, la masa, sería el respeto, y encima de ella iría todo lo demás.

Emplear tiempo para hablar sobre respeto, empatía, sensibilidad, tolerancia... no está reñido con los buenos resultados. De hecho, sucede lo contrario. Cuando uno se siente a gusto, cuando uno se pone en el lugar de los demás o cuando tiene empatía y ayuda a otro porque ve que está sufriendo por algo, los resultados empiezan a fluir enseguida. Se educa en cooperación y no en competitividad.

Si yo pudiera hacer una pizza gigantesca sobre educación, la base, la masa, sería el respeto, y encima de ella iría todo lo demás.

Traigo aquí a colación una entrevista que tuvo lugar en *La Sexta Noche*, pues alguien de los que me lanzaban preguntas exclamó:

—¡Hay que educar en competitividad!

A lo que yo respondí:

—No. No hay que educar basándonos en la competitividad. Hay que educarles para que sean mejores de lo que eran antes.

Por lo general, cuando entro en una escuela nueva, lo primero que hago es escribir en la pizarra la frase «*No pain, no gain*» —sin esfuerzo no hay recompensa—, y lo dejo muy claro los primeros días. Respeto, pero también esfuerzo. Tampoco piensen que mis clases son los mundos de Yupi. La tarea de educar también para el esfuerzo constituye el pilar necesario a la hora de dotarles de herramientas para que los niños y las niñas sean más felices en el futuro. Si tú quieres ser filólogo inglés, tendrás que esforzarte para sacar una carrera y ser un buen filólogo inglés. Si tú quieres ser mecánico o mecánica deberás dar lo mejor de ti para convertirte en un buen mecánico o una buena mecánica. Nada se regala, nada se consigue sin esfuerzo, y eso es lo que les digo a mis niños.

Hablamos también a menudo de la palabra «autoexigencia». Eso sí, empleada con mesura, es decir, la exigencia hacia uno mismo aplicada de forma positiva. En ese sentido, saben que no pueden presentarme un trabajo o un ejercicio que no haya pasado antes por su propio filtro. Si resulta que son conscientes de que ellos mismos no admitirían ese trabajo, esa caligrafía o ese ejercicio, no tiene sentido que pretendan que el maestro sí lo haga.

No hay que educar basándonos en la competitividad. Hay que educarles para que sean mejores de lo que eran antes.

SALIR DE UNO MISMO Y HACERSE PREGUNTAS

Esta posición en la que me han colocado los últimos acontecimientos me ha permitido observar mi profesión con perspectiva, y eso es muy importante. Se trata de un ejercicio que deberíamos practicar todas las personas, hagamos lo que hagamos, porque muchas veces estamos tan inmersos en nosotros mismos que miramos hacia el exterior y se nos olvida analizar qué estamos haciendo nosotros exactamente.

En unos meses he aprendido más que en años ejerciendo y años estudiando. ¿Por qué? Porque me he visto obligado a responder a distintas preguntas de muchísimos medios, porque diferentes grupos políticos pretendían llevarme a su terreno, porque gente de muchas y diversas características plantean cuestiones que uno tiende a pasar por alto... Y esto me ha ayudado a conocer mejor mi profesión y a ser crítico también con mi trabajo, conmigo mismo.

Una de las primeras conclusiones a las que llegué fue que entre todos, no solo maestros y maestras, también padres y madres, administraciones... tenemos que devolver la educación al lugar que se merece.

Mucha gente dice que ser maestro o maestra es abrir un libro, mandar ejercicios y cobrar. Se trata, sin duda, de esas frases que uno dice con mucha facilidad sin ser responsable de sus palabras. Yo invito a que alguien que opine de ese modo asista un día entero a mi clase. Le dejaré a mis niños y que sea él o ella quien les enseñe lo que yo intento enseñarles: Mates, Lengua, Inglés, Valores, Sociales. Pero que además procure educarles en el respeto, en la sensibilidad, en la empatía... Un día me basta, luego podrán opinar conociendo bien el terreno.

Lo que suele pasarnos a los adultos es que lanzamos críticas vacías, hacia cualquier cosa en general. Por eso también enseñé a mis alumnos que, si tienen que hacer una crítica, primero intenten formularla de tal manera que no sea un reproche vacío; y si la lanzan de todas formas, que ofrezcan, al menos, una alternativa. Una crítica ha de estar seguida por una alternativa.

Resulta evidente que quienes primero debemos mostrar que deseamos que la profesión se respete somos los propios educadores.

Una de las preguntas recurrentes —y no poco útil— que me formulaban a menudo era: «¿Cómo debería ser un maestro ideal?». La opinión general suele afirmar que un maestro, ya que tiene que enseñar, debe saber muchas cosas. Sin embargo no basta solo con poseer el conocimiento. Además, has de saber compartirlo y llegar a quien te escuche. Pero con el conocimiento no basta.

Una palabra que está indisolublemente asociada a la profesión de educador es «vocación». Esto dice la RAE, de la palabra vocación:

(Del lat. *vocatio*, *-ōnis*, acción de llamar.)

1. *f.* Inspiración con que Dios llama a algún estado, especialmente al de religión.
2. *f.* Advocación.
3. *f. coloq.* Inclinação a cualquier estado, profesión o carrera.

4. f. ant. Convocación, llamamiento.

Ante ese llamamiento (especialmente referido en las acepciones 3 o 4), muchos se dirigen hacia la rama de la educación. Cuando yo estudiaba, no sentí esa llamada. Al principio, como muchos, quería ser futbolista y me esforzaba para ello. Ya estudiando COU, a punto de entrar en la universidad, no sabía qué quería estudiar: dudaba entre Filosofía, Psicología, Periodismo o Filología Inglesa. Me decidí por la última exclusivamente porque era la única que se impartía en Zaragoza. Incluso estudiando Filología no tenía claro a lo que quería dedicarme: ¿Traductor? ¿Intérprete? Y no fue hasta que me vi dentro de una clase cuando descubrí que era eso lo que yo quería hacer.

Pero incluso, tengas vocación o no, ¿qué sucede? Que hay momentos en los que algunos acontecimientos minan esas ganas de hacer cosas, y la gente olvida que una vez fue llamada para ejercer el maravilloso oficio de compartir sabiduría con los demás. De manera que se van perdiendo las ganas. Y aparece la desilusión. O, peor, se instala la comodidad (que también pasa). O una cosa llama a la otra y al ver que no puedes llevar a cabo proyectos que te ilusionan terminas contagiándote de otras personas y te acomodas. Total, si para cobrar lo mismo...

Entonces no solo se trata de una cuestión de vocación. Digamos que para mí la palabra clave es actitud. Cada día soy consciente de que no puedo ser un maestro sin pasión, y con ella he de intentar contagiar lo máximo posible a mis estudiantes: una actitud positiva, actitud de esfuerzo, de ilusión por lo que hago. Y aprender de ellos también. Encontraremos piedras en el camino, hagámonos a la idea, pero compartir el mundo de los niños nos ayuda a entender que nada es imposible.

Para mí, ni el conocimiento ni la vocación son suficientes. Cuando seáis maestros o maestras, procurad arrancar cada mañana el día con una actitud positiva y tolerante.

Encontraremos piedras en el camino, pero compartir el mundo de los niños nos ayuda a entender que nada es imposible.

Además, he hablado antes de estimular la curiosidad y la creatividad. Una persona no puede estimular la creatividad si no es ella misma un ser creativo, o al menos intenta incidir sobre ello. Un maestro o una maestra no puede agujonear la curiosidad si no es un ser curioso. Hay gente que está aprendiendo toda la vida porque, simplemente, tiene curiosidad. Y hay quienes dicen: «Lo que pasa es que a cierta edad se deja de aprender». Pero no es así en absoluto. Se deja de aprender cuando dejas de sentir curiosidad por las cosas que tienes a tu alrededor. Por lo tanto, nuestra misión, en cada uno de los días que estemos con los niños, es esforzarnos por estimular esa curiosidad. ¿Que les lanzamos una pregunta que no tiene nada que ver con lo que estamos dando ese día en clase? Da igual, intentarán responderla. Consigamos que investiguen sobre ciencia, mitología, arte, música, geografía... más allá de los libros. La curiosidad es el motor que debe estar siempre en marcha.

Tras los viajes que he realizado y las personas que he conocido, creo haber dado con las piezas que componen el puzle de lo que, a mi parecer, podría ser un maestro completo. Y serían éstas:

Un maestro debe...

- Invitar al compromiso social de los alumnos: hacerles conscientes de que ellos pueden hacer un mundo mejor.
- Estimular el respeto al medio y a los seres que lo comparten con nosotros.
- Tener autoconocimiento. No puedes enseñar a un niño si no te conoces a ti mismo.
- Estimular cada día la creatividad y la curiosidad, así que ha de ser curioso y creativo.
- Aprender a gestionar sus emociones y así podrá guiar a los alumnos para que sepan gestionar las suyas.
- Contagiar actitud. Será ejemplo para cientos de niños.
- Trabajar conjuntamente con niños, padres y madres y administraciones locales.
- Ser un individuo tecnológico. A estas alturas nadie debería dudarlo.
- Tener la mente abierta y estar preparado para encontrar cosas maravillosas a su alrededor.

Y como maestros, seamos conscientes de que de nuestra profesión salen todas las demás; seamos conscientes de que vamos a ser inspiración para cientos y cientos de niños, vamos a ser su modelo. Además, nuestra actitud, la forma de ver las cosas y cómo les conduzcamos a la hora de sentir y vivir toda experiencia en nuestra compañía les marcará para siempre.

SALMONES EN EL RÍO

A veces soy muy visual. Mi pensamiento se desarrolla en imágenes y lo que intento es transformarlo en palabras. Éste es el caso de los salmones en el río.

Imaginad un río que discurre de izquierda a derecha. Imaginad también a todos los maestros y maestras como si fueran boyas hasta la altura de los hombros que flotan en el río y van girando lentamente llevados por la corriente de las aguas. Todo fluye, todo va bien. Aparece una rama cerca de la orilla. Va un maestrillo flotando por ahí y se queda enganchado de la camisa en la rama. Podríamos interpretarlo como un maestro que se queda en el camino, un maestro que no supera un problema una vez que le fue planteado.

Vemos a una maestra ahora: va bajando feliz, empujada por la inercia suave y cadenciosa de las aguas. De repente se encuentra con un enorme canto rodado que está en mitad del río. Se emplasta contra él y ahí se queda, no lo supera.

Dos maestros heridos, dos bajas. Seguirán ejerciendo de maestros pero carecerán ya de la esencia que un maestro debe tener.

¿Qué pasaría si en lugar de ser como boyas fuéramos como salmones? Os lo aseguro: muchísimas veces vamos a tener que ser más parecidos a los salmones y saltar a contracorriente, se trata de un hecho comprobado. Puede ser que en ocasiones la administración no ponga las cosas tan fáciles como deberían ser. A pesar de esto, no podemos achacar toda la responsabilidad a las instituciones. Resulta evidente que debería tratarse del primer estamento que cuide, respete y valore la educación. Un recorte jamás hará que la educación en nuestro país mejore. Dejar quince maestros donde antes había veinte no se traduce en educar en excelencia. La educación en la excelencia se producirá cuando se tenga en cuenta a cada niño, cuando la enseñanza sea una de calidad y para todos, cuando se siente a la mesa a las personas que estamos todos los días con niños, niñas y adolescentes y sabemos qué hace falta realmente en las escuelas públicas.

*Un recorte jamás hará que la educación en nuestro país
mejore.*

Sin embargo, y por difícil que resulte, un maestro o una maestra no deben permitirse jamás sentirse quemados: no, al menos, cuando traspasan la puerta de su aula. No podemos olvidar que trabajamos con niños y que somos su modelo. Yo también me he sentido frustrado en ocasiones, pero entrar en el aula es un bálsamo para mí. Ése es mi secreto, y el de muchos.

Otras veces el inconveniente será algún padre que no entiende por qué haces lo que haces en clase, o una compañera que se sienta molesta porque una chica recién llegada viene con muchas ganas y proyectos novedosos.

Suelo decir a los futuros maestros y maestras que en algún momento sentirán que comienzan a desgastarse por este tipo de cosas. Sucederá. Pero entonces sabrás que ha llegado el momento de «resetear» y preguntarte por qué decidiste ser maestro y mirar a los niños y niñas que tienes a tu alrededor. Estoy convencido de que todos los que nos dedicamos a esta profesión la escogimos porque queríamos aportar algo para que la sociedad progrese. Y cada uno de nosotros tenemos la oportunidad de empezar de cero de nuevo.

Hace un tiempo publiqué un artículo en mi página para animar a los educadores a contagiarse con actitud positiva a los demás, porque es lo que se necesita.

Una maestra dejó un comentario en el que mostraba sin tapujos su indignación con un ente superior:

—Es que a mí me han quitado un día de sueldo.

—Error —le contesté—. Ésa no es la actitud. A mí también me han descontado un día de sueldo un día que nevó y no pude ir a trabajar. Eso fue hace tres o cuatro años, y ¿debería vivir indignado todavía y decir «Si el sistema me ha hecho esto yo me voy a quedar enganchado en la rama»? Desde luego que cuando suceden este tipo de cosas me siento frustrado, como todos, y no dudo que me defraudarán muchas cosas más, pero al día siguiente me levantaré de nuevo con la misma actitud llena de pasión para trabajar con niños, y no puedo olvidar que estoy siendo una influencia muy importante para ellos.

Es, pues, la actitud lo que marca la diferencia en una profesión tan valiosa como la nuestra. Contagiamos una actitud positiva aunque a veces eso signifique navegar contra el viento.

Muchas veces nos obsesionamos con las programaciones que en septiembre ya tienen que estar terminadas y entregadas. Deja la programación a un lado y empieza a escuchar a tus niños, esos seres que van a pasar ocho horas contigo durante un año entero como mínimo. Frente a la rigidez de las programaciones, hemos de pararnos a conocer a los niños que van a pasar con nosotros tanto tiempo. Para mí resulta inadmisibles empezar a enseñar a alguien que ni siquiera conoces. La educación es mucho más que meter datos en la cabeza.

Hay muchos maestros y maestras que empiezan a conocer a sus niños en las excursiones, seis meses después de comenzar las clases. Nos ha pasado a todos alguna vez: salir de excursión y descubrir cómo se comporta un niño o una niña en

otro ambiente, y cuántas veces nos quedamos con la boca abierta porque en clase no se relaciona y entonces estás viendo que es un experto en huellas de animales o que es una gran actriz cómica.

Hemos de pararnos a conocer a los niños que van a pasar con nosotros tanto tiempo.

En una de las escuelas donde he trabajado, solía quedarme a comer en el comedor con los alumnos. Allí descubrí a un niño de cinco años cuya maestra solía castigarlo hasta que se habló con ella. Comía junto a otro niño y yo les observaba desde la distancia. La vida interior de este alumno, su creatividad y su imaginación no tenían límites. Le miraba anonadado y deseaba meterme en su mundo para disfrutar tanto como él.

Vamos a intentar conocerles los primeros días para ver qué ilusiones tienen, qué les emociona, qué les preocupa. Después, ya veremos qué y cómo aprendemos todos.

LA HISTORIA DE UN ESCUPITAJO

*Cada niño es un universo y cuanto más difícil sea el niño,
mayor ha de ser nuestro reto.*

Cada niño y cada niña, como cada uno de nosotros, es un universo y cuanto más difícil sea el niño, mayor ha de ser nuestro reto. Si un niño «molesta», la solución más fácil es colocarlo en la última fila, o en mesa aparte, pues allí no entorpece el camino a los demás. No cabe duda de que eso es lo más sencillo y todos lo hemos hecho, pero deberíamos buscar otra manera para descubrir qué ocurre, por qué ese niño se comporta de esa forma, qué le preocupa, qué inquietudes tiene, qué le gustaría hacer... A mí no me convierte en mejor maestro apartar a ese niño y dejarlo allí. Mi reto es enseñar precisamente a ese niño.

La historia que os voy a contar es justo la que me llevó a ver las cosas de otra manera. Se trata de la historia de un escupitajo.

Estando en el punto de atención de cualquier acto que tuviera que ver con la educación gracias a la nominación para el GTP, me invitaron a un evento en Madrid en el que se reunían más de dos mil maestros. Un acto a lo grande, en el que se pretendía dar a la profesión de maestro el valor que merece.

Me resultaba imposible viajar a Madrid, y desde la organización me propusieron que enviara un vídeo con algún mensaje para todas esas personas que iban a estar allí reunidas. Me hablaron un poco sobre el programa que se iba a llevar a cabo, y me anunciaron que una de las invitadas era Elsa Punset y que hablaría sobre las emociones. Entonces pensé: «Si participa Elsa Punset, obviamente no se me ocurrirá hablar sobre emociones en la escuela».

Después de darle vueltas, y pensando que muchos maestros y maestras iban a escucharme, decidí mandar la historia del escupitajo. Es ésta una historia que me marcó y que os cuento a continuación.

Antes de trabajar en la escuela pública estuve dos años en un colegio concertado. Era tutor de sexto y enseñaba Ciencias, entre otras cosas. Los niños habían hecho un examen y tocaba entregar las notas. Fui repartiendo los exámenes y llegó el momento de comunicarle la nota a Sergio, un niño que solía dar problemas y que mostraba una actitud «poco social» para lo que se requiere en una clase. Sergio había sacado un 1, y se lo entregué acompañado de una explicación que solemos usar los maestros en estos casos.

—Yo no hago nada. Lo único que hago es ser objetivo. Soy como un espejo: esto indica tu esfuerzo. Cuanto más te esfuerzas, mejor nota sacas. Esfuérate más para la próxima vez.

Repartiendo exámenes y ofreciendo explicaciones, nos dieron las cinco de la tarde. Una vez que la clase hubo terminado, todos cogieron sus mochilas y se fueron a casa. Sergio mantenía una expresión seria en la cara, pese a que estaba acostumbrado a sacar malas notas ese año. Entonces salió por la puerta de clase y yo la cerré para dar por terminada la jornada.

Por aquel entonces solía aparcar la moto encima de una acera cerca de la escuela. Me dirigía a buscarla cuando descubrí que Sergio caminaba delante de mí, a unos diez metros. La acera era ancha, pero estaba claro que iba derecho hacia la moto. Yo

daba zancadas largas para ir acercándome a él, mientras me decía a mí mismo:

—Que no pare... Que no pare.

El niño seguía caminando directo hacia la moto, como si hubiera estado programado con precisión milimétrica. Yo continuaba pronunciando el mantra con esperanza de que se cumpliera:

—Que no pare... Que no pare.

Pero se detuvo. Y sin pensárselo dos veces, lanzó sobre el asiento un escupitajo que había ido preparando a conciencia desde que distinguió la moto a lo lejos.

En ese instante ya lo había alcanzado, y como me encontraba lo suficientemente cerca, coloqué una mano sobre su hombro.

En cuanto se dio cuenta de que era yo se puso más blanco que Edward Cullen. Cuando pudo articular palabra, murmuró:

—¡César, ha sido sin querer!

—Vale —respondí al tiempo que mostraba una falsa relajación—, pues límpialo sin querer.

Lo limpió con la manga de su abrigo y cuando terminó le pedí que me acompañara a hablar con el director. Una vez que comprobó que éramos un equipo le invité a marcharse a casa, y se llevó su blancura con él.

Ese niño suspendió esa asignatura, suspendió todo el curso y repitió. Al año siguiente me tocó ser su tutor otra vez y antes de empezar las clases, me planté a hablar con él. Estuvimos conversando durante media hora. Allí le pregunté:

—A ver, Sergio, ¿a ti qué te gusta hacer?

En ese diálogo que entablamos durante aquel rato Sergio me descubrió que le gustaba escribir cuentos. Entonces le propuse que transformara las unidades de Ciencias en cuentos, y le invité a que al comienzo de cada una él la explicara de esa manera a sus compañeros. Sergio contagió a otros niños y niñas y empezaron a hacer lo mismo. Comenzaron a estudiar esos temas en forma de cuento que ellos mismos escribían.

Pensamos que tenemos que hacer todo lo posible por cambiar a los niños, cuando en realidad lo que tenemos que hacer es cambiar nuestra perspectiva de los niños.

Sergio sacó un notable en Ciencias ese año, pero además aprobó todas las asignaturas. Cuando terminó el curso vino a recoger las notas. Se las entregué en un sobre, nos dimos la mano y salió de clase. A los diez segundos volvió y me dijo:

—¡Ah, César! Gracias por haberme dado tantas oportunidades.

Este niño me dio una lección. Muchas veces pensamos que tenemos que hacer todo lo posible por cambiar a los niños, cuando en realidad lo que tenemos que hacer es cambiar nuestra perspectiva de los niños. Esta historia me marcó para toda la vida.

¡UN GORRO DE DUCHA!

Universidades y centros de profesores de toda España se comunicaban con nosotros pues estaban interesados en que pudiéramos organizar algunas conferencias para poner en común lo que estábamos haciendo. Muchas veces me resultaba imposible, porque seguía trabajando de lunes a viernes, de nueve a cinco de la tarde. Así, llegó un momento en que la administración del Gobierno de Aragón me otorgó un permiso especial para que pudiera ausentarme de la escuela los jueves a las once de la mañana, y ellos se encargarían de que alguien interino me sustituyera.

Antes de que esto sucediese, me llamaron de un programa de televisión al cual me hacía especial ilusión asistir: era el programa de Buenafuente, *En el aire*. Es de los pocos sitios donde realmente me he sentido nervioso porque le seguía desde hacía años. Siendo consciente de que iba a estar al otro lado de la pantalla con este personaje, me animaba a mí mismo diciéndome:

—¡Buah! Voy a estar entre Buenafuente y Berto.

El programa se emitiría en directo un jueves. Salí a las cinco de la tarde de la escuela, un taxi me llevó hasta la estación de tren y tomé el AVE hacia Barcelona. Llegué al hotel, dejé la maleta y me llevaron directamente a cenar. De la cena fui al plató, donde ya me dejé maquillar y esperé sentado mi turno.

El programa de Buenafuente empezaba a la una de la mañana y yo hice mi aparición más o menos hacia las dos. Fue una experiencia inolvidable. De hecho, ya sentado ahí me entraron ganas de tocar las gafas de Berto para ver si tenían cristales o no.

Se explicó el funcionamiento de mi aula, hablamos sobre educación y nos reímos un rato. Era muy cómodo estar con ellos.

Volví al hotel hacia las tres de la madrugada. Mi tren de regreso a Zaragoza salía a las siete, pues a las nueve tenía que estar dando clase.

Me encontraba recogiendo ya mi maleta a las seis de la mañana, antes de ir a la estación de Sants, y tocaba revisar toda la habitación para no dejarse nada. Entré en el baño con ánimo escrutador y me dije:

—Huy... ese gel... ese champú...

Se trataba de los botecitos que prepara el hotel como set de baño.

Bien, pues el hotel me los regaló y enseguida se metieron en mi maleta. Pero no para mí (yo tengo gel en casa), sino para rifarlos entre los niños. Llegué a la escuela y así lo hice.

Lo que vais a leer a continuación es para que recordemos de qué material están hechos los seres con los que trabajamos cada día.

Me presenté en la clase y me apoyé en la mesa.

—Chavales —comencé—, ayer por la noche lo pasé muy bien en Buenafuente. Traigo unas fotos para enseñaros y algo con lo que vais a flipar. Os traigo cosas increíbles. Mirad...

Se acercaron todos a la mesa y abrí la cremallera de mi mochila naranja.

—Todo lo que tengo aquí lo voy a rifar hoy. Traigo... ¡un gel!

Y todos:

—¡Ohhh! ¡Un gel!

—Traigo también... ¡un set de afeitarse!

—¡Un set de afeitarse! —gritaron todos.

Y añadí:

—Pero lo más importante lo guardo para el final. El premio estrella es... ¡un gorro de ducha!

—¡Un gorro de duchaaa...! —repetieron exaltados.

Rifamos todo lo que había llevado, y grabé el momento en que sacaba el premio final, el gorro de ducha. En la grabación pueden oírse los suspiros de emoción porque ya sabían que se trataba del gran premio.

Los niños y las niñas están hechos, sobre todo, de ilusión. Y no podemos olvidarnos de esto ni un solo día.

Para mí es un mundo raro cuando un ser, un niño o una niña, que está compuesto de imaginación, ilusión, creatividad, curiosidad... ha de dejar todo esto en la puerta del aula para entrar, sentarse y comportarse como un seudoadulto que va a recibir datos para luego limitarse a reproducirlos. A mi modo de ver, eso, en sí mismo, ya me parece antinatural. Todo empieza a fluir cuando estimulas de verdad a esos niños y te dicen ellos mismos qué harías, qué crearías, qué imaginarías. Es maravilloso lo que sale de esos niños. ¿Qué pasa? Que luego nos preguntamos por qué abunda la falta de motivación, por qué se produce tanto absentismo.

Imagina que colocas una caja de cartón cerrada en mitad de la clase, y dices:

—Voy a ir un momento a hacer fotocopias. Ni os acerquéis a esta caja.

En diez segundos, todos los niños estarán alrededor de la caja. Al principio enviarían a un par de emisarios valientes, pero llegaría un momento en que la curiosidad sería más fuerte que el riesgo de ser castigado. Un niño sin curiosidad pierde parte del niño, y un niño sin creatividad pierde parte de niño.

Es un mundo raro cuando un ser, un niño o una niña, que está compuesto de imaginación, ilusión, creatividad, curiosidad... ha de dejar todo esto en la puerta del aula para entrar y comportarse como un seudoadulto.

Antes, en la época en la que yo estudiaba en la escuela, el libro era nuestra única ventana al mundo y lo que leíamos en él era lo que había que repetir, la verdad universal. Sin embargo, ahora contamos con una herramienta muy buena: internet. Tenemos la posibilidad de enseñarles a investigar, pues vamos a permitirles hacerlo: invitémosles a hacerlo. También es el momento de decirles que internet se asemeja a un océano, donde puedes encontrar tesoros pero también latas oxidadas. Debemos enseñarles a comparar la información, a contrastarla, a ser críticos con lo que leen. Me sirvo muchas veces del ejemplo de los periódicos y de los medios de comunicación, de la importancia de contrastar la información y no quedarte solo con una fuente.

Por lo general, uso el caso de dos equipos y dos periódicos: juegan el Madrid y el Barça y tenemos el *Sport* y el *Marca*. Da igual quién gane, pero imaginad que gana el Barça. El diario *Sport* diría: «Hemos ganado, nos lo hemos merecido y nos han dado muchos palos». En el diario *Marca* se leería: «Injustamente nos ha ganado el Barça, el árbitro ha estado muy mal y nos han dado muchos palos». Si uno se limita a un periódico o al otro la información que obtiene será sesgada. De modo que es muy importante transmitirles que en internet no solo vale el primer enlace que aparezca en los buscadores, pues existen otras muchas fuentes que hay que contrastar.

Sobre todo, hemos de enseñarles a ser críticos con lo que se lee y, algo fundamental, a citar la fuente, que por lo general se nos olvida.

Un niño sin curiosidad pierde parte de niño.

¿METODOLOGÍA? SOBRE LA MARCHA

—¿Qué metodología utilizas? —me preguntaban con frecuencia en los medios de comunicación.

—Pues... —pensaba yo—, sobre la marcha.

Aunque debiera matizar un poco, porque al analizar los proyectos que he hecho descubro que no todo se construye sobre la marcha. Es cierto que no parto de una idea preconcebida de lo que haré antes de conocer a los niños, pero sí que hay ciertas actuaciones que se repiten de alguna manera en estos proyectos que he llevado a cabo. Y como esta pregunta se ha repetido tantas veces y me ha obligado a pensar sobre ello ahora soy capaz de desglosar las características comunes que presiden mi trabajo:

- Contexto
- Soy maestro pero no lo sé todo
- Mirar al niño a la altura de sus ojos (o La bata y el bigote postizo)
- El tubo que nos une
- Timidez
- Implicación
- ¿Os gusta vuestro trabajo?

Lo primero que un maestro debe tener en cuenta es el contexto en que vive cada niño. No es lo mismo que un niño estudie en un colegio de los que llaman de difícil desempeño o que lo haga en una escuela de un pueblo de doscientos habitantes o en otra de seiscientos alumnos en el centro de una gran ciudad. Son niños y cuentan con los mismos ingredientes, sin duda, pero seguramente tendrán inquietudes distintas. Quizá el niño del pueblo esté pensando en que al terminar las clases se dedicará a recoger fruta con su abuelo; tal vez el de la escuela de difícil desempeño no lo tiene tan sencillo cuando juega por su barrio.

Soy consciente de que esta actitud puede romper con el paradigma del maestro de toda la vida, según el cual el conocimiento residía exclusivamente en el docente. Sin embargo funciona a la perfección como una herramienta que activa el deseo de participar de los niños.

Cuando llego a una escuela nueva les digo:

—Mirad, soy maestro, pero yo no sé todo. Vosotros podéis enseñarme a mí.

Enseguida empiezan a sentirse implicados y se dan cuenta de que realmente pueden dar de su parte, que pueden empezar a colaborar en su aprendizaje y en el mío, y para ellos esto resulta fundamental.

Confieso que durante todos estos años he aprendido muchísimo de mis alumnos. No solo sirve para que ellos se sientan a gusto en la escuela. Con esta premisa también el maestro está aprendiendo continuamente. La información está en todas partes y pueden venir con cosas muy interesantes que contar. Cuando yo estudiaba, la ventana al mundo era un libro de texto. En la actualidad, miles de datos entran en nuestras cabezas por todos lados, y los niños tienen un acceso a las fuentes de información del que carecíamos en nuestros tiempos de estudiantes.

*Soy maestro, pero yo no sé todo.
Vosotros podéis enseñarme a mí.*

En este sentido, hay que enfatizar la importancia de que estés a la altura de un niño cuando éste te mire. Por eso creo que las tarimas elevadas para marcar la jerarquía de los docentes ya están fuera de lugar. Esto me trae a la mente una anécdota que me sucedió hace unos años y que seguro repetiría tal cual por muchos que pasaran, y que resumo a continuación.

Por entonces era el segundo año que trabajaba en un colegio concertado, en el que maestros y maestras llevaban bata blanca, prenda que yo no encontraba muy práctica más allá de que pudiera resguardarme de alguna mancha de tiza. Recuerdo que me habían facilitado dos batas a mi llegada, de quita y pon.

Decidí no ponérmela, sobre todo por dos razones: una, me veía raro, y dos, no quería llevar un signo que me distinguiera de los niños con los que iba a compartir mi clase. Había recibido varias «invitaciones» del director para que la usara, pero no me convencía del todo. De manera que una mañana se acercó a mí y cambió la invitación por una recomendación.

—Esta tarde —me dijo acompañado de un ceño fruncido enorme— te pones la bata.

—De acuerdo —le respondí.

Acepté el reto y me fui a casa a comer.

Antes de volver al colegio busqué entre las cosas del cajón de mi escritorio y encontré lo que buscaba: un bigote postizo.

El reloj marcó las tres de la tarde y recogí a los niños en la fila. Entramos en el aula y todos se sentaron. La bata estaba colgada detrás de la puerta, así que la descolgué y me la puse. Todos los niños se echaron a reír. Nunca habían visto a César con bata. Les resultaba tan extraño. Me giré hacia la pizarra, metí la mano en el bolsillo y me coloqué el bigote sin que me vieran.

Al darme la vuelta, mi voz se transformó en la de un doctor y mi ceño fruncido no podía relajarse. Entre carcajadas infantiles, comencé llamando a un niño:

—¡Gutiérrez! ¡Al encerado! Veamos qué le sucede...

Aquello se transformó en una fiesta. Los niños y niñas seguían el juego sin saber qué podía pasar después.

Pero como os podéis imaginar, lo que pasó justo después fue que en el ventanuco de la puerta que daba al pasillo apareció la cara del director, que observaba atónito la escena que estaba ocurriendo dentro. Golpeó la puerta, a pesar de que todos sabíamos ya que se disponía a entrar, y presto avisé al más cercano:

—Menéndez, sírvase abrir la puerta.

Cuando el director entró en el aula, brazos cruzados en la espalda, preguntó lo evidente:

—¿Qué está sucediendo aquí?

—Señor director —lo saqué de dudas—, estamos pasando consulta. Y si no tiene inconveniente, usted será el siguiente.

Al año siguiente ya no estaba en ese colegio. Pero siempre podré decir que fui doctor durante unos minutos.

Igual que he hablado antes del río como metáfora de la actitud que debe tener un maestro, ahora me serviré de otra imagen que visualizo con nitidez. Hay un tubo que une el adulto que somos con el niño que fuimos. Todos hemos sido niños o niñas. ¿Qué ocurre? Que a menudo se nos olvida. Se olvida que hemos sido niños o niñas: ese tubo que nos une se ha obstruido. Quizá tengamos que llamar a un deshollinador para que deje el tubo despejado y nos permita recordar cómo éramos de niños, qué nos gustaba, qué nos preocupaba, para luego aplicarlo. Por fortuna mantengo ese tubo abierto y el niño que yo era me visita con frecuencia. Y mantenemos conversaciones muy interesantes.

Según mi criterio, se trata de una condición necesaria y casi indispensable si vas a ser educador. Aunque, ya puestos, digamos que no solo es aconsejable para el maestro o la maestra, sino para todas las personas. Cuánto más se disfruta si uno recuerda cómo era de niño y vuelve a vivir con esa alegría, con esa ausencia de reglas muchas veces autoimpuestas. Es importante no olvidar jamás que también fuimos niños.

En una de las escuelas en las que trabajé, se había prohibido jugar a la pelota en los recreos, porque causaba problemas. La solución fue servirse de una regla y listo. Pero ¿a que ya habéis adivinado lo que pasaba al final? Que jugaban con las latas y los *tetrabriks*. Llegó un momento en que los que habían puesto la regla de no jugar al fútbol hicieron un viaje a su infancia y restauraron el uso del balón. ¡Bien por ellos y los niños que llevan dentro!

Hay un tubo que une el adulto que somos con el niño que fuimos. Todos hemos sido niños o niñas. ¿Qué ocurre? Que a menudo se nos olvida.

De pequeño yo era increíblemente tímido. Sigo siéndolo aunque lo disimule. Era un estudiante aplicado, sacaba buenas notas en la escuela, pero no me atrevía a levantar la mano. Entonces, cuando el maestro preguntaba y yo me sabía la lección, le susurraba la respuesta a Juan Carlos, que también se sentaba cerca de mí. Desde ese instante, él ya poseía el conocimiento y la decisión para compartirlo. Levantaba la mano, porque Juan Carlos carecía de esa barrera que tenía yo, y por mi parte le miraba con una mezcla de impotencia y admiración.

No puedo permitir que mis niños tengan esa limitación. Sí, puedes ser tímido pero has de saber que tienes que dar un paso hacia delante y superar ese muro estúpido que tú mismo te autoimpones. No puedo consentir que mis niños no sepan hablar en público.

¿Por qué un don tan importante como es el don de la comunicación (oral sobre todo) sigue sin estimularse en las escuelas? Porque hablar en público no solo sirve para impartir conferencias delante de cuatrocientas personas. El hecho de enseñar a la gente a hablar en público delante de los compañeros sirve para que uno pueda expresar sus emociones, compartir sus pensamientos, defender sus argumentos... Seguro que algunos de vosotros o algunas de vosotras os habéis quedado alguna vez callados porque pensáis: «Yo contestaría pero me da vergüenza». Hemos de romper ese muro y podemos conseguirlo desde las escuelas. Se puede ejercitar invitando a los niños a subir a la mesa y empezar a hablar uno o dos minutos sobre cosas distintas. Maestros y maestras, enseñad a los niños a hablar en público. ¡Que manchen las mesas con huellas de zapatos del 36!

¿Por qué un don tan importante, como es el don de la comunicación, sigue sin estimularse en las escuelas?

Unas páginas atrás me serví del ejemplo de mi padre y mi hermano con la carpintería para referirme a la implicación, que es una de las claves más sencillas para favorecer la motivación. Los niños han de sentirse implicados. Uno está a gusto en un sitio cuando se siente comprometido de verdad con lo que hace.

Pero esa implicación-motivación tiene dos vertientes distintas y ambas son profundamente interesantes. Por un lado, me refiero a implicar a los niños para que ellos se sientan parte de su aprendizaje, como decía antes, pero también debemos invitarles a implicarse con la sociedad y que piensen qué pueden mejorar ellos en el mundo. Tenemos que abrir ventanas, tenemos que tirar muros para que la sociedad entre en la escuela y para que la escuela y la clase salgan a la sociedad. Las puertas de las escuelas han de estar abiertas; no solo para que entren los niños, sino para que sus ideas salgan y transformen el mundo. Debemos invitarles a que analicen lo que sucede fuera, que ejerciten un punto de vista crítico, que interactúen con la sociedad y que reflexionen sobre lo que ellos mismos pueden mejorar, porque los niños pueden hacer cosas increíbles si se les da la oportunidad.

En otra de las escuelas donde estuve, el AMPA nos pasó una nota donde solicitaba la opinión de los maestros y maestras para que compartiéramos con ellos qué ideas se nos ocurrían para mejorar un parque que había allí cerca. La nota pasó rápido por el claustro y enseguida se cambió el debate al siguiente tema.

Las puertas de las escuelas han de estar abiertas; no solo para que entren los niños, sino para que sus ideas salgan y transformen el mundo.

—Dejadme la nota, que preguntaré a los niños qué parque quieren para ellos —dije.

Si ponemos un cartel en un parque en el que se avise de que debe respetarse, el respeto puede durar tanto como el cartel. Si le das a un niño la oportunidad de participar e incluso la responsabilidad de proponer, plantará un árbol, colocará una baldosa... Será el primero que lo respete y el primero que contagie a otros para que lo hagan. Y eso perdurará durante años.

Una señora de otra escuela donde trabajé dijo en un claustro:

—No voy a dejar que los niños rieguen las plantas porque se secan.

Enséñales cómo deben regarlas y dales una responsabilidad para que las cuiden, y luego hablemos de los resultados.

Puede que algunos respondáis que no, que no os gusta vuestro trabajo. En ese caso, y aunque sé que ahora es difícil encontrarlo, al menos tenéis la opción de buscar otro. Los niños, por el contrario, no cuentan con esa posibilidad, y su «trabajo» consiste en pasar horas y horas durante años en clase. Y la única respuesta que encuentran por parte de los adultos, es esa frase que hemos dicho cientos de veces: «Es tu obligación». También es nuestra obligación ir a trabajar, pero si no nos gusta podemos cambiarlo. Por consiguiente, tenemos que hacer lo posible para que los niños vayan a gusto a la escuela. E ir a gusto significa sentirse implicado, conservar la esencia que uno tiene, mantener despierta la curiosidad, sentir que se le escucha... Todo se resumiría en esta frase:

*¿Os gusta vuestro trabajo?
Si no os gusta, podéis cambiarlo; los niños no tienen esa
opción.*

UNA MICROSOCIEDAD

*Haz que la escuela sea un lugar adonde a los niños les
apetezca ir.*

Debemos educar a los niños teniendo en mente que educamos seres sociales. A veces nos ocurre que entramos en una espiral en la que pretendemos que aprendan Lengua, Matemáticas, Inglés... Sin darnos cuenta enseñamos pronombres, operaciones y cómo rellenar huecos en otro idioma. Y conviene recordar que estamos en un lugar privilegiado. Podemos educarles en grupo, crear relaciones, enseñarles a gestionarlas (cosa que en casa es difícil por mucho interés que pongan los padres). Así que, ¿qué pasaría si propones que cada uno de los niños y niñas de clase tenga un cargo y una responsabilidad? ¿Y si les conviertes en habitantes de un micromundo? No olvidemos que los niños siguen siendo niños en la escuela, y que el juego es la forma más eficaz de aprendizaje.

Colegio Puerta de Sancho, Zaragoza. Escuela pública de tres vías, unos seiscientos alumnos. Elegí este colegio porque había leído que en él se estimulaba la creatividad. Me apetecía aprender y tener a alguien trabajando codo a codo que me animara a sentirme libre.

Cuando llegué en septiembre al colegio, me esperaba la clase de 5.º B, veintidós niños y niñas que no voy a olvidar fácilmente. Lo que hemos vivido juntos hará que, por muchos años que pasen, cierre los ojos y sigan estando ahí, sin crecer, siempre con la sonrisa en la cara y expectantes por comprobar qué les ofrecía un nuevo día. Marc, Mr. Puyuelo, Helen, Leonor, Celia, Diegov, Pauleska, Reichel, Sarah, Adrian the Philosopher, Rubén, Luchía, Yulian... Cada uno de estos veintidós niños va a formar parte de mí el resto de mi vida.

Parto de cero, no leo los informes de los niños porque quiero darles la oportunidad de mostrarme quiénes y cómo son. Me niego a ponerles etiquetas el primer día.

Entré en el aula por primera vez y guardé en el cajón los informes sobre los niños que habían redactado los maestros del curso anterior. Los maestros y maestras solemos redactar un informe de cada alumno para que la persona que se haga cargo de él al año siguiente pueda contar con unas referencias. A mí, por el contrario, me gusta empezar de cero. No leo los informes de los niños. Quiero darles la oportunidad de que sean ellos mismos los que me muestren quiénes y cómo son. Nos sobrará tiempo para hablar sobre él o sobre ella. Cuántas veces un niño con un informe en el que se lee «ojo con éste» ha sido colocado de buenas a primeras en la mesa junto al maestro el primer día de clase, cuando seguramente lo único que necesite es cariño.

Coloqué las mesas en cinco grupos repartidos por la clase. Cuando entraron, les hice sentarse al azar y esperé a que cada uno tuviera su sitio.

—Vais a vivir en continentes —les dije.

Y bajo su mirada atenta y ansiosa bauticé los cinco continentes: Mundo Viejo, Nueva Zapatilla, Tierras Medias de Rancia, Panizoland y Lechugandia del Sur.

Se sentían emocionados. Enseguida crearon sus carteles y el escudo de su continente. A las pocas semanas llegó a mis manos por casualidad un regalo: me enteré de que «clandestinamente» habían estado escribiendo la historia de cada uno de esos continentes, desde el origen remoto que habían inventado para cada uno hasta las costumbres, moneda, palabras pertenecientes a la lengua vernácula y específicas del lugar... Me maravilló que los niños se sintieran niños, que estuvieran como en su casa.

Si algún niño o alguna niña no obedecía la regla básica del respeto a los demás, se le invitaba a exiliarse a Creta.

Mi intención era que cambiaran de continente cada mes, para que convivieran con otras personas y se enriquecieran de la diversidad.

Si algún niño o alguna niña no obedecía la regla básica del respeto a los demás, se le invitaba a exiliarse a Creta, separando su trozo de terreno del continente. La elección de volver al continente dependía de su propia voluntad, y pasados unos días en los que el exiliado había meditado sobre el incidente, el islote volvía a formar parte de su continente originario. Solo durante una semana coincidieron tres islas: Creta, Sicilia y Elba. Durante el resto del curso no hubo ningún exiliado más.

Había preparado veintidós cargos que también rotarían cada mes mediante rifa. Se les otorgaba una función para que formaran parte de un engranaje en el que cada uno aportaría su papel en la sociedad. Algunos tenían más peso y otros eran de los que llamábamos «de barbecho», más relajados y de responsabilidad menor aunque también fundamentales, claro, como es el caso del levantapersianas. Su trascendencia llegaba a tal punto que todos esperaban ansiosos a las 9.39 de la mañana, para comprobar si había subido la persiana lo suficiente para que el sol cegara mis ojos. En ese instante, exageraba y me llevaba las manos a la cara hasta que él bajaba lo justo para liberarme de esa tortura.

Venían a gusto a clase. Formaban parte de un engranaje perfecto, veían que su colaboración y su implicación conseguían resultados que afectaban positivamente a los demás.

Éstos son algunos de los cargos:

La historiadora tiene un cuaderno en el que apunta todas las cosas curiosas o graciosas que suceden en clase. Así, a la segunda semana de curso, me senté en una silla con ruedas y me caí, y ella escribió: «Con fecha 25 de septiembre, a las 10.23 de la mañana, César se ha caído de la silla». Lo llevé bien y lo superé. Caerte de una silla los primeros días de clase delante de veintidós niños es duro: o lo superas y vuelves, o te retiras. Pero regresé. Así que ahora estoy en disposición de dejar escritas aquí para la eternidad algunas de las frases que los sucesivos historiadores reflejaron en sus respectivas libretas. Diecinueve hechos más que no tienen desperdicio:

Hecho 1:

Un día teníamos planeada una excursión en tren. Les puse en parejas y Alba y Julián quedaron juntos al final de la fila. Ambos fruncieron el ceño, y les animé:

—Pero si no pasa nada; como mucho os enamoráis.

Al oír esto, entre risas la historiadora anotó: «Ha dicho César que igual se enamoran». Así suelen actuar los historiadores en ocasiones, es decir, que escriben lo que les apetece. Por lo visto interiorizó rápido su trabajo.

Hecho 2:

Fecha: 22-10-2014. Eloy no ha venido porque está enfermo y César bromeaba buscándolo por la clase mientras repetía: «¡No te escondas!».

Hecho 3:

Fecha: 4-11-2014. Me chirría el borrador en la pizarra y César, moviendo la cabeza como si entendiera lo que significa, dice que es un idioma que solo comprendemos él y yo.

Hecho 4:

Fecha: 4-12-2014. Alberto ha investigado sobre Alemania y ésta es la información que ha traído: «En Alemania hay muchos alemanes».

Hecho 5:

Fecha: 10-12-2014. César ha organizado un concurso para ver quién frunce el ceño más veces y más rápido.

Hecho 6:

Fecha: 11-12-2014. Marcos pone caras raras y se pone rojo imitando al cagané del teatro.

Hecho 7:

Fecha: 15-12-2014. Julián ha dicho «Estoy en blanco», y César le ha respondido: «No, tú eres blanco».

Hecho 8:

Fecha: 09-01-2015. José Ángel se queda sin relleno de tanto sonarse.

Hecho 9:

Fecha: 22-01-2015. Mr. Puyuelo es un «líder», según César.

Hecho 10:

Fecha: 18-02-2015. Adrián vuelve del baño con la parte delantera de la camiseta metida dentro del pantalón. César le pregunta: «¿Qué tal, Adrián, te has quedado a gusto?». Y Adrián contesta contento: «¡Sí!». Entonces César le dice: «Muy bien, pues ya te puedes sacar la camiseta».

Hecho 11:

Fecha: 20-02-15. Mr. Puyuelo quiere preguntar a César si han venido los inspectores a clase, y dice: «¿Han venido los detectives?».

Hecho 12:

Fecha: 07-04-2015. Mr. Puyuelo se cree que está moreno después de las vacaciones pero está igual de blanco.

Hecho 13:

Fecha: 07-04-2015. Javier dice que el fin de semana pasado rodó por su pueblo. Se cayó por una cuesta.

Hecho 14:

Fecha: 08-04-2015. Hemos descubierto, según César, que en la Edad Media para trepar al castillo del adversario tiraban una flecha con una cuerda que, en la mayoría de los casos, se enganchaba en la nariz de un guardia.

Hecho 15:

Fecha: 21-04-2015. César nos hace dar clase de mates a los alumnos como si fuéramos maestros, y en el recreo él y otra maestra están jugando al fútbol y a la peonza. Y Celia dice: «¡Nos estáis quitando la infancia!».

Hecho 16:

Fecha: 21-04-2015. En clase Eloy ha tropezado con una mochila y se ha caído, y pensando que nadie le ha visto se ha levantado disimulando. Pero todos le hemos visto caer y le hemos dado un aplauso.

Hecho 17:

Fecha: 27-04-2015. Enseñándonos a hablar en público, César nos dice un truco: divide un minuto como si fuera una *pizza* de cuatro trozos, de ese modo son quince segundos cada trozo de información. Pero como hay que hacer una charla de dos minutos, Celia le pregunta si en lugar de dos *pizzas* puede hacer una familiar.

Hecho 18:

Fecha: 13-05-2015. En clase de Lengua y estudiando los verbos César propone acciones nuevas para declinar, como «mear en la pared», o «estornudar en la cara de Mr. Puyuelo».

Hecho 19:

Fecha: 14-05-2015. Sara no frunce el ceño ensayando una cosa y César le dice que pone cara de gato.

Muchos niños y niñas tienen cosas muy importantes que contar y nunca las conoceremos si no les damos la oportunidad de expresarse.

Otro cargo dentro de ese organigrama de nuestro microuniverso era la encargada de la lista blanca de los altruistas. Ésta tiene su despacho en la esquina a la izquierda de mi mesa. Se trata de un despacho de medio metro cuadrado que decora con sus cosas, y pegada en la pared tiene una lista de tres columnas: materia, altruistas y buscadores. Si yo soy bueno en Matemáticas o en Inglés, le propongo: «Yo quiero ser la altruista de Matemáticas o de Inglés», y ella lo apunta. Si hay alguien que no va muy bien en Lengua o en Mates, le informa: «Yo quiero ser buscador de Mates o de Lengua», habla con ella y entre los dos buscan qué altruistas están disponibles. Sin necesidad de decirme nada, en la clase correspondiente se sientan juntos y comienzan a ayudarse. Se echan una mano en el recreo, siguen a la hora de comer... Lo importante de esto es que un niño no necesita un padre, una madre o un maestro que le diga que precisa ayuda; él mismo o ella misma toma conciencia de que tiene que dar el paso porque todos lo están haciendo, y de esa manera mejorará.

El cabecilla de los sublevados es un cargo importante. Cualquier problema que suceda en clase o en el recreo, cualquier discusión, preocupación, crítica... los niños tienen la opción de escribirla en un papel de forma anónima y meterlo en la caja que guarda el cabecilla. Cuando tiene varias notificaciones me entrega la caja y entre todos intentamos hallar una solución para ese problema. El cabecilla de los sublevados canaliza todas las quejas que suelen presentarse en las escuelas, de las cuales los maestros o maestras jamás tendríamos noticia. En nuestras escuelas hay miles de niños y niñas tímidos que buscan un canal mediante el cual poder comunicarse. Muchos niños y niñas tienen cosas muy importantes que contar y nunca las conoceremos si no les damos la oportunidad de expresarse.

La curiosa lanza una pregunta al día sobre cualquier cosa que se le ocurra, o recoge dudas o inquietudes de los compañeros y las comparte con todos, y de forma voluntaria consiguen la respuesta para el día siguiente. Algunas preguntas que aparecieron a lo largo del año son:

- ¿Por qué tenemos esos pliegues en las orejas?
- Dime algo sobre un escritor que era amigo de Houdini y que creó a un detective muy inteligente.
- Canta una estrofa de un tango de Carlos Gardel.
- ¿Por qué el mar Egeo se llama así?
- ¿Por qué se le llama «eco» al eco?
- Cuéntame algo sobre un señor que pintó unos relojes espachurrados.
- ¿Por qué hace frío en los polos?

¿Podéis imaginar cuánto pueden aprender los niños con esa capacidad de absorber de que disponen? Aprenderán sobre literatura, mitología, geografía, música, arte... Y más allá de la recopilación e incorporación de esos conocimientos, ¿no os parece que con estas prácticas se propicia en ellos una inercia que fortalece esa actitud curiosa

que, conforme vamos creciendo, se va perdiendo? Mi opinión es completamente favorable a este respecto. Al final, uno termina por hacerse preguntas sobre más cosas y sabe que puede buscar sus respuestas. Alguien dijo que a cierta edad se deja de aprender. Yo estoy convencido de que se deja de aprender cuando se pierde la capacidad de ser curioso.

La comisión periodística era otro de los cargos que, en este caso, compartían varios niños. La comisión anima a que cada lunes los alumnos traigan artículos de prensa que les hayan llamado la atención y los comenten con los demás.

El equipo de reciclaje se encarga de estimular en los compañeros el compromiso por el respeto al medioambiente. Preparan y gestionan las cajas de papel, plástico y tapones.

El encargado de la lista negra de los que hablaron demasiado tiene la misión de poner una cruz a cada uno que interrumpa a un compañero. Fomentamos el respeto a la palabra. Cada cinco cruces se quita medio punto, que siempre se puede recuperar si se recurre a la abogada.

La abogada también dispone de su despacho en otra esquina, adornado con las fotos y los dibujos que le gusten. Allí se puede encontrar una lista en la que los que han decidido recurrir a ella se apuntan y entre ambos determinan qué trabajo prepararán para recuperar el medio punto perdido.

En definitiva, cada uno con su rol va sintiendo que es importante y que su participación redundará en el bienestar de su sociedad. De más está decir que la ilusión con la que lo viven es un premio en sí mismo.

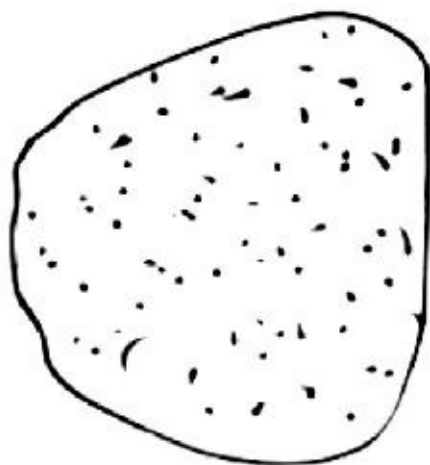
LA CHARLA DE MARC, O DE CÓMO LA CREATIVIDAD TE PUEDE
SACAR DE UN APURO

*La charla se la quité a un extraterrestre y está aquí dentro,
codificada, pero he de extraerla.*

Como cada lunes por la tarde, aquel día tocaba hablar en público. Semana tras semana, les propongo un tema sobre el que han de investigar y preparar una charla de uno o dos minutos, subirse a las mesas y exponerla a los compañeros. Alternamos cuestiones, es decir, que una semana el tema es un asunto de interés (la biografía de algún personaje, un hecho histórico relevante, alguna actuación que haya conseguido cambiar las cosas) o una historia surrealista (como defender por qué la gente debería vivir en su continente o por qué la Tierra es plana, echando mano de Copérnico y Galileo en sus argumentos).

Ese lunes el título rezaba: «En la escuela hay tres extraterrestres infiltrados y la gente no lo sabe. Descúbrelos dando argumentos sólidos».

Antes de comenzar, suelo echar un vistazo a sus charlas en el papel para comprobar cómo las han estructurado, y acto seguido se suben a la mesa y comienzan a hablar. Le pedí a Marc que me dejara la hoja donde la tenía preparada, abrió la palma de su mano y me mostró un trozo de papel recortado a pellizcos, en el que había dibujado un círculo irregular lleno de puntos hechos a boli.



—Marc, ¿me enseñas tu charla?

—Está aquí, César —me dijo, convencido.

—Espera un momento... ¿Me estás diciendo que tu charla es eso? —pregunté, tan sorprendido como expectante.

—Espera que te lo explico. Este fragmento —acompañaba la explicación con un movimiento de cabeza convincente— se lo quité a uno de los extraterrestres. Y la charla está aquí dentro, codificada, y he de extraerla. Pero he de darme prisa porque en veinticuatro horas se autodestruirá. Así que no te preocupes, que mañana sin falta te la enseño.

Todavía abro los ojos como platos cuando lo recuerdo.

—Chicos —dije a sus compañeros—, ¡por favor, un aplauso!

No podía hacer otra cosa que aplaudir tal salida.

—No lo vuelvas a hacer, eso sí... Pero enhorabuena —le dije.

Puede que a quien lea esto le parezca que aquella ocurrencia no era más que una excusa para no preparar los deberes. Lo que yo creo es que no podía castigarle por

hacer lo que hizo. Para mí, el niño echó mano de la creatividad para salir de un apuro, y lo llevó a cabo de forma magistral. ¿Voy a castigar eso?

HISTORIAS SURREALISTAS

Los miércoles a primera hora llegaba el momento de las Historias Surrealistas. Esta actividad era una de las preferidas por los niños y niñas de 5.º B. Curioso, ¿verdad? ¿Será porque se les permitía crear y compartirlo con los compañeros?

Las historias surrealistas consistían en la creación de unos relatos por parte de los niños siguiendo una serie de condiciones. Por ejemplo, debían escribir teniendo en cuenta todos los datos que aparecían en el título (que me inventaba para darles juego). Además tenían que introducir en su creación diez palabras que yo previamente había escrito desordenadas en la pizarra, y que ellos podían emplear en el orden que considerasen oportuno. De ese modo buscaban su significado y podían insertarlas en un contexto adecuado. Además, solía añadir los nombres de un par de niños o niñas de la clase, a los que les hacía las variaciones oportunas. Tendríamos, por ejemplo, a José Ángel, que pasaba a formar parte del relato como «José Ángel de las Mercedes y Acapulco»; o Leonor, quien fue protagonista de un relato bajo el nombre de «Leonora Garza».

Dejo dos títulos de historias surrealistas, pues estoy seguro de que pueden ser el comienzo de unos relatos realmente sorprendentes:

Historia surrealista I:

El misterioso caso del peculiar detective don Julián de las Calzas Largas, el filántropo ricachón que se las daba de enamorar a las damiselas de Zaragoza mostrando sus posaderas en los escaparates de los grandes almacenes, y que un buen día se quedó prendado de una zagala cuyo prominente bigote le hacía cosquillas al besarla, y que repentinamente desapareció llevándose consigo el set de afeitarse de don Julián.

Historia surrealista II:

Ésta la compartiré con el texto ya redactado por una de las niñas de la clase, para que comprobéis que de sus cabezas pueden salir auténticos tesoros. La creadora de la historia es Elena. Tenía que incluir palabras que habíamos trabajado antes aunque estableciendo para ellas un nuevo significado. Así, aunque ya supieran qué significaba «marquesina», por ejemplo, se les invitaba a otorgarle un nuevo significado usando su creatividad. Era un ejercicio de deconstrucción de palabras para aprender a usarlas correctamente después. Algunas de estas palabras, que podréis encontrar en el glosario al final del libro, eran: «marquesina», «defecar», «crepúsculo», «plafón», «enjuto», «hedor»...

Aquí van título y resultado. Va con ello mi admiración hacia Elena y cada uno de estos niños.

Título propuesto:

El irrisorio caso de Marcuchio di Royini y Montesco, el niño pijo que siempre iba a las fiestas de gala con un maillot rosa ajustado y cinta de felpa en la frente, y que un día se atragantó con un grano de arroz pasado de moda, lo que provocó que sus modales refinados se tornaran en los de un zagal provinciano, y que a su vez le otorgó el don de pensar globalmente, lo que supuso un cambio en el pensamiento contemporáneo respecto a la Teoría de Cuerdas, y que además le hizo descubrir que Einstein se teñía el pelo de blanco para parecer más interesante.

Historia de Elena incluyendo las palabras:

Os voy a contar una historia que sabe muy poca gente y que es la comidilla de un pueblo que descubrió un pionero.

Un día Marcuchio di Royini y Montesco, que era un niño enjuto y muy pijo con maillot rosa ajustado y cinta de felpa en la frente, se levantó una mañana con un maillot azul, pero no pasó nada: solamente se había defecado mientras dormía y su maillot tenía un mecanismo de volverse azul cada vez que lo hiciera. Después de esta trágica experiencia se fue a una fiesta donde se

encontró a Adrianusky y empezaron a bailar sin música, y toda la gente se les quedó mirando.

El siguiente día, en el crepúsculo, se encontró con el marqués Diegonte de los Rancios Andares y se quedaron mirando a un plafón de cuya bombilla procedía un hedor insoportable. Y entonces la princesa Elenuska la Locuaz les dijo:

—¿Qué hacéis, enjutos? ¡Fuera de aquí! ¿No veis que el hedor proviene de vosotros?

Marcuchio le respondió un poco enfadado:

—O sea, ¿que nos vayamos nosotros? ¡Ja! Pues no, niña. Que sepas que mi padre es director de una empresa y mi madre abogada así que no te metas conmigo y no hables con palabras denigrantes.

Al ser también pija Elenuska sabía cuál es el punto débil de los pijos: algo pasado de moda. Entonces le tiró un grano de arroz pasado de moda a la boca. A Marcuchio le pasó toda su vida y más por delante, las pupilas se le dilataron y pensó por un momento que era moscovita.

Y dijo:

—Co, Diegonte. Tráeme ese chastarro... Ese que sirve para curar el dolor de cabeza.

Al oírlo, Diegonte se fue haciendo marcha de allí aunque no duró mucho, porque le gusta más el tenis y se detuvo en la marquesina para coger el autobús.

Marcuchio se enamoró de Elenuska, pero ella lo mandó a defecar. Entonces Celichuska, que estaba en el chaflán y lo oyó, como estaba enamorada de Elenuska la intentó conquistar. Y le dijo:

—Elenuska eres muy... fashion.

Entonces Elenuska empezó a sentir algo por Celichuska y vivieron siempre felices.

Por otra parte estaba Marcuchio, que al ver un pez nadando pensó globalmente e hizo una asociación de la protección de una piedra donde se unió una persona, y ésa era él. También cambió la Teoría de Cuerdas y dijo que el mundo estaba formado por melones.

Después de esto se quiso despejar un poco la cabeza y por eso se fue de fiesta. Encontró a un hombre moreno con los pelos de punta, con una bata blanca y que no paraba de sacar la lengua. Se hicieron muy amigos y cuando se tomaron un par de copas, el hombre le dijo que le acompañara al baño. Entonces se tiñó el pelo de blanco y dijo Marcuchio:

—¡Pero si tú eres Einstein! ¿Por qué te tiñes el pelo?

—Para las chatis, les parezco más interesante.

Después Marcuchio, traumatizado por lo de Einstein, se fue a casa y no pudo dormir en toda la noche.

El momento de leer las historias era el más esperado, y unos cuantos afortunados se subían a las mesas y narraban su creación con entusiasmo. Todos disfrutábamos de ese rato, y os aseguro que muchos de esos trabajos bien podrían ser publicados como cuentos de éxito.

Al final de este libro he preparado un pequeño glosario con las palabras del diccionario «A nuestra marcha» que íbamos creando, eso sí, con su significado más absurdo por si nos sirve para algo en la vida.

QUE VIVA EL SURREALISMO EN LAS ESCUELAS

Siempre he pensado que el surrealismo o el sinsentido están infravalorados en la escuela. Y nos conviene recordar que los niños están más cerca de ello que de las reglas que tantas veces imponemos. Por eso estoy seguro de que Gloria Fuertes lo sabía bien. En el mundo del sinsentido es donde se crean las grandes historias, donde ellos nadan a diario, porque se trata de otra dimensión donde la imaginación todo lo hace posible. En ese sentido, me siento afortunado de no haber cerrado ese canal que une al adulto que soy con el niño que fui, y las ideas navegan de un estadio a otro con banda ancha. De vez en cuando, los maestros deberíamos hacer un viaje en el tiempo para recuperar esa visión de niño, y entenderíamos muchas cosas que ahora nos parecen «tonterías de críos» y que para nosotros, instalados en el mundo lógico del adulto, no tienen cabida para aprender.

Escribí una obra de teatro en verso que adaptaba al lugar según los niños que hubiese. En Bureta había seis; en Muel, doce, y en el colegio Puerta de Sancho, veintidós. En Muel, además, uno de los niños era de religión musulmana, así que metí a un tal «Hamik el pastor» que charlaba con el rey Baltasar comenzando con un «No se piense que es de broma, pero yo soy más de Mahoma».

Pues bien. En esa obra pensé que faltaba un giro y apareció entonces un *cagané*. Esto que vais a leer fue uno de los grandes momentos de la obra, no por su calidad literaria, sino porque los niños estaban deseando, entusiasmados, que llegara. ¿Y qué vamos a hacer los adultos? ¿Negarles ese gozo?

María y José. Antes de llegar a la posada se encuentran con el cagané: Un niño está sentado en una taza de váter en mitad del escenario...

MARÍA: ¡Por todo lo que más quieras...!
 ¡Dime que lo que estoy viendo es un mal sueño!
 ¡Un hombre mostrando sus posaderas, y mientras frunce el
 ceño parece empujar con empeño!

JOSÉ: Por nuestro hijo que está al nacer:
 ¿Puede saberse qué hace usted de esa guisa?

CAGANÉ: Su mujer no anda imprecisa:
 Mis posaderas con respeto nuestro como parte de cultura, les
 enseñará el maestro.
 Soy un visionario, señor,
 y predigo que en un futuro
 no habrá belén que se precie
 que no cuente con uno de mi especie.

José y María se alejan sorprendidos e indignados.

YO TE ENSEÑO A TOCAR EL CAJÓN

Haremos un viaje en el tiempo para regresar a los proyectos que llevé a cabo en la escuela pública, y a través de ellos desgranaré todo lo que aprendí y que ahora tengo la suerte de compartir en este libro.

Un salto de seis años atrás me lleva al momento en que aprobé las oposiciones. Durante el año de prácticas asistí al colegio Fernando el Católico, en Zaragoza, una escuela de las que llaman «de difícil desempeño».

Llegas nuevo y en el primer claustro se dividen cargos, clases y responsabilidades.

—César, te ha tocado la peor clase —me anunció un compañero.

Se refería a la clase de 4.º de Primaria. Veinticuatro niños de ocho a diez años. Veinte de ellos de etnia gitana, una chica de Rumanía, un chico de Gambia, una niña de Marruecos y una paya.

Los primeros días no fueron fáciles, y el nivel de absentismo era muy alto: muchos días apenas venían diez niños a clase. Eran pulsos constantes y parecían saberse todas las reglas y todas las excepciones para saltárselas.

Un día les dije:

—Vamos a ver qué me podéis enseñar. Yo vengo aquí a enseñaros cosas, pero también puedo aprender de vosotros.

Sorprendidos por esa perspectiva que se les presentaba, dudaron al principio. Unas se ofrecían para enseñarme a tocar palmas. Otros decían que podían enseñarme rumbas. Y entre ellos apareció Javi, el cabecilla de la clase, un niño increíblemente listo y con mucha más experiencia a su edad de la que yo podía imaginar. Este niño de nueve años se ofreció a enseñarme a tocar el cajón, y acepté.

Como nuestra jornada era partida, por la tarde entrábamos a las tres, llegué a un acuerdo con él de quedar a las dos para que me enseñara. Muchos días le invitaba a comer en el comedor y de allí íbamos a nuestra clase: él con su cajón y yo con uno nuevo que acababa de comprarme. Lo analizó exhaustivamente y me dio el visto bueno.

Al cabo de dos semanas todos los niños asistían a clase porque era curioso que un compañero enseñara a un maestro. Además, ellos también tocaban y nos montábamos nuestras fiestas.

Antes hacía referencia a la necesidad de mantener la esencia de los alumnos dentro de clase como elemento fundamental para que se sintieran cómodos (qué menos que estar a gusto en el lugar donde trabajas). Por la sangre de estos niños corría el arte y tenían necesidad de expresarse. Por otra parte, yo era consciente de que una hora sentados, con la única perspectiva de escuchar al maestro, era algo a lo que no lograban acostumbrarse. Por consiguiente, establecí una rutina de intercambio que consistía en que ellos atendieran a mis propuestas primero y luego pudieran exponer las suyas. Así, un día normal y a la media hora de estar con Matemáticas o Inglés o Lengua, les invitaba a cambiar los papeles durante unos minutos y todos estábamos atentos a las aportaciones que hacían los diferentes niños: Bruno y

Abraham nos regalaban una clase de tocar las palmas a dos; Mimi, Juan y Javi usaban estuches y una mesa para prepararnos una canción... El acuerdo establecido consistía en que, tras esos minutos, todo volvería al silencio necesario para poder concentrarnos.

Con nueve o diez años muchos no sabían leer. Escribí una obra de teatro con veinticuatro personajes para ellos, de tal modo que a la gente que dominaba la lectura les ofrecía los papeles más largos y a los que les costaba más les guardaba los más cortos. A Juan, que no sabía leer todavía, le tocó el papel del príncipe Hamlet, con su frase debatiéndose entre si era o no era y su cuestión, una frase y media que le abrió el mundo de la lectura y le ayudó a entender muchas cosas.

Y con el teatro hacíamos exactamente lo mismo que he explicado antes. Ellos trabajaban con ganas sabiendo que en cualquier momento ensayaríamos la obra, pues así sucedía. Con un silencio casi absoluto, solo alterado por las explicaciones del maestro a Juan o a Walid, las clases fluían de un modo asombrosamente fácil. Y de repente, con voz segura les decía: «¡Acto tres!». Y en diez segundos todos estaban colocados en posición, inmóviles, listos para comenzar con el «¡Acción!».

Durante los ensayos, el entusiasmo podía palpase mientras leían la obra, pero también se contagiaba a la hora de trabajar Matemáticas o cuando tocaba escribir en Lengua. Puedo decir que aquellos niños venían felices a la escuela.

Con la obra de teatro aprendieron a leer, nos adentramos en el mundo de la música para conocer sus distintos ritmos y géneros, aprendieron sobre la vida y obra de diferentes pintores... Casi de la nada surgió un proyecto global.

Y también aprendimos mucho sobre la ópera. La obra de teatro constaba de cuatro actos, y mientras los demás compañeros preparaban el decorado tras el telón, en una esquina y de la oscuridad más absoluta surgía el niño Abraham disfrazado de Pavarotti, y cuya sombra se magnificaba y llegaba hasta el techo gracias a una linterna de haz que proyectaba la luz desde los pies del niño. El *Nessun dorma* envolvía al público conforme Abraham lanzaba sus notas en *playback* al viento. Era impresionante, sin duda. Como lo fue ver a todos los niños emocionados saltando y gritando cuando la obra terminó, cuando todos sus padres, sus madres, tíos y abuelas, compañeros y maestras de la escuela que abarrotaban la sala se levantaron para aplaudirles.

Estuve solo un año con ellos porque era el año de prácticas. El último día muchos niños y niñas lloraban porque habíamos hecho cosas distintas, porque se les había dado la oportunidad de ser ellos mismos. Abraham, entre sollozos, se acercó a mí y me dijo:

—Ay, César, te quiero regalar una cosa. —Y alargó la mano, en la que sujetaba un paquetillo envuelto en un papel marrón—. Quiero que lo abras.

Y cuando lo abrí vi mi regalo: era una colonia con el nombre Armario. La conservo todavía, fue todo un gesto lleno de ilusión y amor. Jamás me olvidaré de esos veinticuatro niños.

Han pasado seis años de esto, pero hace unos meses Javi me invitó a la fiesta de cumpleaños que celebraba en su casa. Allí estábamos en una terraza dieciocho adolescentes gitanos y yo, que los miraba a todos con admiración. Me sentía absolutamente privilegiado, hasta el punto de decirme a mí mismo en voz baja: «Mira dónde me encuentro ahora». Estaban todos sentados alrededor de una mesa, y dos instrumentos, un cajón y una guitarra, pasaban de mano en mano mientras seguían cantando. A todos se les hinchaba la vena del cuello al cantar. Yo, mientras, abría los ojos para no perder detalle.

Si el día 8 de diciembre había salido nominado de entre los cincuenta finalistas del Global Teacher Prize, tres días más tarde estaba en la facultad de Educación de Zaragoza, y Javi y Juan formaban parte del público.

Era una sala en la que había trescientas personas, trescientos futuros maestros y maestras, todos sentados incluso abarrotando el pasillo apoyados en las paredes... Para mí fue un orgullo que esto despertara tal inquietud positiva en futuros maestros y maestras, que se habían acercado allí aquella tarde de jueves para ver qué se hacía en educación.

Después de hablarles de los retos que ha de tener un maestro y de dejarles claro que en esta profesión siempre encontrarán piedras que saltar, compartí esta reflexión:

—Mirad, si alguna vez tenéis que dar clase en un colegio de este tipo (lo que recomiendo encarecidamente porque considero que tenemos mucho que aprender de estos niños) tenéis dos opciones: una, coger una depresión; o dos, ver y analizar lo que la gente llama «problemas» y mirarlos como «retos» y buscar qué os pueden enseñar a vosotros y qué podéis sacar de positivo de allí.

Dicho esto, hice un gesto con la mano derecha y Javi y Juan se levantaron, fueron al rincón donde guardaban la guitarra y el cajón y se acercaron al escenario. Durante cinco minutos deleitaron a las trescientas personas sacando el arte que tienen dentro; cientos de *flashes* iluminaban el salón de actos de la facultad, nadie quería perderse ese instante.

Terminaron y los futuros maestros y maestras se pusieron en pie y les regalaron un aplauso prolongado. El decano de la facultad, sentado junto a mí en la conferencia, se levantó y dio un abrazo a cada uno de ellos. Les hizo firmar en el libro de honor de la universidad.

Tenéis dos opciones: una, coger una depresión; o dos, ver y analizar lo que la gente llama «problemas» y mirarlos como «retos».

Cuando terminó el evento, estos chavales me acompañaron a la salida junto a su padre, y en ese trayecto no dejaron de decirse el uno al otro: «He flipao». Lo que no sabían es que habían dado una lección a futuros maestros.

Aquel instante fue uno de los grandes regalos que me ha dado la educación.

UNA ESCUELA DE SEIS NIÑOS DE CINCO EDADES DISTINTAS

El primer destino definitivo («definitivo», qué palabra tan curiosa) me llevó a Bureta, un pequeño pueblo de la provincia de Zaragoza. Doscientos habitantes y una escuela unitaria, en la que había seis niños de cinco edades diferentes: uno de cuatro años, otro de siete, dos de ocho, uno de once y una niña de doce.

Recomiendo que todo el mundo pase por este tipo de escuelas. Las dos primeras semanas me volvía loco. Llegaba a casa y mantenía diálogos conmigo mismo:

—No sé cómo voy a poder enseñar a la niña de sexto, cómo voy a poder enseñar al de cuatro años, cómo tendré tiempo de enseñar cosas al de segundo... ¿Cómo voy a enseñar a todos estos niños (a estos seis)?

»Algo se te ocurrirá. Este tipo de escuelas han funcionado desde siempre, no serás tú el que lo destroce —me respondía dándome ánimos.

Observando cómo trabajaban y prestando atención más a sus métodos que a enseñarles materia, me di cuenta de que eran un equipo perfecto, que entre ellos colaboraban de una manera que no podía ni imaginar. La de sexto acababa lo suyo y empezaba a ayudar al de cuatro años; si alguno de los de tercero finalizaba sus cosas se levantaba y se sentaba con el de segundo... En la media hora del recreo veía cómo el niño de once años, en lugar de pegar patadas a un balón contra la pared, se calzaba una marioneta en la mano, sacaba un pequeño teatro de madera con cortina y se inventaba funciones para Sergio, el pequeño de la escuela.

Las escuelas rurales, y sobre todo las pequeñas escuelas unitarias, tienen algo muy especial. De su perdurabilidad dependen muchos pueblos, pues sin escuela no pueden acudir niños, y sin niños, el pueblo se muere. Cuando he oído decir que una escuela con menos de cinco niños no puede subsistir, que no es rentable porque necesita un maestro, me sale un sarpullido. La escuela es la puerta a nuevas familias, y favorece que se queden las que ya estaban; es la llave que preserva la existencia de muchos pueblos con encanto. Y Bureta es uno de ellos.

Ese tipo de actitudes que se promueven casi de forma innata en las pequeñas escuelas es lo que tenemos que exportar a los grandes coles, es algo que echo en falta también. Y ya, de paso, que esa organización de ayuda mutua sirviera para estimular a la hora de fusionar niveles y que los niños de sexto bajaran a Infantil a contar cuentos o que los de primero subieran a cuarto a leerles sus inventos. Es cierto que esto se hace en algunas escuelas, pero no en tantas como debiera. Algunos padres podrían quejarse: «Es que si mi hijo pierde el tiempo ayudando a otro...». Pero ¿qué mundo queremos? Considero fundamental enseñarles que la cooperación es uno de los pilares de la verdadera educación. En ese sentido, para mí fue un hallazgo valiosísimo, del cual iba a aprender muchas cosas que aplicaría de ahí en adelante.

Seis niños, y de los seis, los dos de tercero, un niño y una niña, no se podían ni ver, se odiaban. Pero no se trataba de una rabieta de niño. Iba algo más allá. En realidad, no tenía que ver con ellos, sino que era un asunto familiar: simplemente, no se llevaban demasiado bien. En los pueblos a veces pasa.

Yo quedé unas cuantas veces con las familias para saber qué se podía hacer porque me daba rabia que en una escuela de seis niños dos no se hablaran. Que uno jugara en una esquina de su minirecreo, con su minicuatrilla, y el otro estuviera tres metros más allá, obligando a dividirse a los compañeros de juego. Aquello era muy duro. No conseguí demasiado con las primeras conversaciones, pero no pensaba rendirme.

En aquella época yo vivía a ochenta kilómetros, e iba y volvía en mi coche cada día, como tantos. Iba conduciendo de vuelta a casa mientras escuchaba bandas sonoras de las películas de Woody Allen (lo cuento así, por muy peliculero que parezca, porque fue tal y como vais a ver). De pronto, me sobrevino un *flash* blanco y tuve que parar el coche. Y allí, apoyado en el volante y mirando al infinito, me dije: «¡Hala! Voy a hacer una película de cine mudo». Cualquier cosa puede inspirarte, una canción, una línea mal dibujada, una frase, un dibujo: en eso radica la maravilla de mirar todo a nuestro alrededor como una oportunidad para crear.

No tenía ni idea de cine, no tenía cámara de vídeo, no sabía nada de los tipos de planos, ni mucho menos de editar vídeo: absolutamente nada. Pero sí que había visto alguna película de cine mudo, aquellas noches de hacía años, plantado frente a La 2: Harold Lloyd, Buster Keaton, Charles Chaplin...

Llegué a casa y me puse a investigar: sobre tipos de planos, cómo se puede editar, programas para editar. Cámara: «¿Quién tendrá una cámara que nos pueda prestar?», pensaba. El centro de profesores: ésa era la solución. Esos CPR (Centros de Profesores y Recursos) que teníamos tan cerca de los centros, que nos prestaban tanta ayuda material y de formación y que un día redujeron a la mínima expresión.

Al día siguiente les di la noticia a los chavales:

—Vamos a hacer una película de cine mudo.

Obviamente, no les pareció nada mal la idea. Les expliqué que juntos tendríamos que investigar muchas cosas, y que íbamos a aprender todos a la vez.

Quería trabajar las emociones y deseaba que supieran expresarse. Muchas veces nos sentábamos los siete en círculo, y hablábamos de la frustración, aunque no es fácil definirla; sobre qué es la alegría o cómo la expresas, qué es la ira, por qué se produce... En un primer paso debían explicarlo con palabras y lo intentaban luego con gestos. De deberes les mandaba investigar en casa sobre personajes importantes de la época, acontecimientos históricos trascendentes que sucedieron durante esos años. Los alumnos iban trayendo información y con ella elaborábamos un trabajo del que aprendíamos todos. Les hacía investigar y comparar la crisis actual con el Crack del 29, el *Titanic*, el cine, la vida y obra de cada uno de los actores.

Y nos pusimos a trabajar sobre la película, aparte de hacer Matemáticas, Inglés y todas estas cosas de escuela. Al salir de la clase por la tarde íbamos todos a buscar localizaciones para la película; recorríamos el río, las bodegas, las calles más antiguas. En Bureta se halla el Palacio de la Condesa de Bureta, una casa de la época de la Guerra de la Independencia muy bien conservada y cuyo valor histórico y

sentimental es estimablemente alto.

—¿Podríamos rodar aquí? —pregunté. Y allí que nos fuimos.

El Palacio de la Condesa estaba cerca de la escuela (como todas las cosas en este pueblo), pero usaba el coche para llevar todos los elementos necesarios para un rodaje de ese calibre. Los niños se montaban también, y creo que puedo decir ¡que soy de los pocos que han llevado a toda una escuela en un coche!

La trama de la película versaba sobre una familia aristocrática de los años veinte, con el padre, interesado en ofrecerles un buen futuro a sus hijas, y estas dos: una preocupada por seguir las consignas del padre y la otra dispuesta a romper con todo por amor. Por otro lado estaba un detective torpe y un antihéroe, basado en los primeros papeles de Woody Allen, que haría lo imposible por solucionar los problemas que tenía su amada.

Repartí los papeles entre los seis y, cuando ya lo teníamos claro, entró una niña nueva, proveniente de la escuela de un pueblo de al lado. Así que tuve que cambiar algunas cosas para que la niña tuviera su papel. Y vino bien, porque a la película le faltaba el toque de una sirvienta. Y ya, por fin, cuando todo el mundo estaba listo, aparecieron cuatro niños de Bulgaria que acompañaban a su padre en la búsqueda de trabajo: ¡gran noticia para la escuela unitaria!, pero tremendo quebradero de cabeza para el director de la película. Les di papeles de extra para crear ambiente, y los niños los acogieron encantados: llegar a una escuela y actuar en una película a la primera de cambio emociona a cualquiera. Sin embargo, permanecieron días contados con nosotros: la falta de trabajo se los llevó.

Una vez escrito el guión tocaba repartir papeles. El rol de padre se lo entregué a Sergio, de cuatro años. Desde el día que entré en la escuela siempre le había imaginado diminuto pero con bigote blanco: ¡tan inteligente y avisado era! ¡El papel parecía suyo antes incluso de que existiera!

Hablé un buen rato en mi mesa con los dos niños de tercero, chico y chica, y con la rotundidad con la que puede emplearse un director les informé:

—Vais a ser los protagonistas y os vais a amar.

Creo firmemente en que los niños pueden transformar la sociedad, no solo en el futuro, sino en el presente. Se puede invertir el sentido de la educación, y niñas y niños pueden enseñarnos muchas cosas a los adultos. Confiaba a ciegas en que hacerles trabajar teatralizando el amor, jugando a amarse, riendo del absurdo de verse disfrazados de época, haciendo cosas juntos con un fin común, les abriera no solo los ojos sino también el corazón, y que se produjera el contagio.

Los padres empezaron a trabajar juntos para buscar información, para ensayar algunas tomas, para ponerse de acuerdo sobre qué trajes podrían ponerse, y gracias al roce parece que iba funcionando.

Un día, mientras ellos investigaban en el aula, me llamó una persona del equipo directivo de la escuela, cuya sede estaba en otro pueblo, para informarme de que debía rellenar papeleo de burocracia porque necesitaba llevárselo en cuanto pudiera.

Estuvimos hablando del estado de las cosas hasta que surgió una pregunta:

—¿Por ahí qué hacéis?

—Estamos haciendo el proyecto de la película de cine mudo —respondí emocionado—. Están investigando sobre el *Titanic*, sobre Chaplin...

—¿Tú crees que esto merece la pena?

Ése fue su comentario, con otra pregunta y de ese peso.

Y para tranquilizarla contesté:

—Lo estoy haciendo: merece la pena.

Cuando voy a dar alguna conferencia a las facultades de Educación, suelo decir que esto va a sucederles también a ellos como futuros maestros y maestras. Y muchas veces bastará una frase de un compañero, del equipo directivo o de algún padre que no esté convencido, para que muchos proyectos maravillosos mueran. De ahí la necesidad de ser perseverante, de tener la seguridad de que lo que hacemos beneficia a los niños aunque se dude de ello al principio.

¿Y cuál fue el coste de la producción de la película? Un bigote postizo y un sombrero. En eso se resume lo que costó grabarla. La hicimos con una cámara que nos dejó el centro de profesores, muy básica, y todo lo que gastamos fue el dinero del bigote que llevaba el niño y el sombrero de Harold Lloyd. Las madres se pusieron a hacer trajes y colaboraron en equipo. Los padres y madres son fundamentales y hemos de darles el protagonismo que merecen.

—¿Tú te crees que esto merece la pena?
Y para tranquilizarla contesté:
—Lo estoy haciendo: merece la pena.

El resultado fue una película de cuarenta minutos en la que habían participado todas las familias de la escuela, los vecinos del pueblo y de otros pueblos colindantes (cediendo ropa, sus casas, sus coches antiguos) y que quedó desde entonces como un emblema con el que el pueblo se sentía identificado.

Nos dieron el premio CreArte del Ministerio de Cultura por el estímulo de la creatividad, por un valor de 20 000 euros, el premio a la mejor experiencia de aula, un premio en el Festival Internacional de la India de Cine para Niños... Entonces empezó a merecer la pena para algunas personas.

Cuando yo me puse a hacer el vídeo de recopilación que envié para el Global Teacher Prize habían pasado ya cinco años de esto, y tenía que volver al pueblo que, por otro lado, seguía visitando con frecuencia porque me gustaba saludarles. Cinco años después estas familias continuaban llevándose bien, y la relación de los niños era la normal entre niños y niñas de trece o catorce años. Habría que preguntarles a esas familias si realmente todo eso mereció la pena.

El día del estreno fue un sábado de junio. Desde el ayuntamiento alquilaron una pantalla gigante para colocarla en la plaza del Palacio de la Condesa de Bureta; cada vecino traía su silla y se podía percibir la emoción en todos ellos. La película era, de una manera u otra, un pedazo de ellos mismos. Por fin había llegado el momento, cuando el sol había desaparecido y todo estaba listo para la proyección. Contaron hasta cuatrocientas personas, que se habían acercado de los pueblos de alrededor porque les había llegado la noticia de que los niños de la escuela habían hecho una película.

Entre los espectadores se encontraba alguien especial por lo que respecta a su relación con la educación. Había hecho sesenta y cuatro kilómetros con su familia para estar con los niños y el maestro el día del estreno. Me refiero al inspector que correspondía al centro, y que cada vez que se acercaba por la zona entraba en la escuela a preguntar qué tal iba la experiencia y animaba a los niños a seguir adelante. Cuando le vi le di un abrazo y le dije:

—Muchas gracias por venir.

—¿Cómo podría perderme una cosa así habiendo visto la ilusión de los niños y también la tuya? —me respondió.

Desde aquel día somos amigos. Y siempre le pongo como ejemplo de que por muy fría que sea una profesión, por muchos límites que se quieran marcar o muchos números que haya que cumplir, la persona que llevamos dentro de nuestros trajes profesionales puede marcar una gran diferencia e influir de forma positiva en los demás de una manera que nunca llegaremos a conocer. Si este inspector hubiera puesto pegasa a nuestro trabajo, si se hubiera limitado a observar que los horarios se cumplan y que las Matemáticas se den en una hora en concreto, nada de lo que sucedió aquella noche habría sido posible. Y fue precisamente aquella noche cuando vi que este señor tenía muy claro que lo humano está por encima de las reglas.

Antes de comenzar la proyección los seis niños habían preparado dos

presentaciones para situar su trabajo en el contexto adecuado: iban a hablar sobre los hechos importantes y sobre personajes relevantes que rodeaban el momento en el que sucede la película, y también harían un repaso del cine mudo para que la gente más joven les conociera: Charles Chaplin, Buster Keaton, Harold Lloyd... nos habían ayudado a expresar nuestras emociones y los niños habían descubierto cine del bueno.

LA BIBLIOTECA

No solo es misión de los libros el atraer a los niños; creemos espacios que cautiven, que atraigan a los niños a tumbarse y perderse en sus historias.

Con una pequeña parte del premio que nos dieron cumplí una de mis ilusiones: crear una biblioteca para los niños. Y pudimos llevarlo a cabo al comienzo del curso siguiente.

Por aquel entonces, esta escuela unitaria tenía una pequeña sala donde había más mesas, y que apenas se usaba. Hablé con el alcalde y le propuse la idea de usar ese espacio para que los niños pudieran tener una biblioteca, ya que en el pueblo tampoco había un lugar específico donde ellos pudieran ir para eso. Después hablé con el electricista, porque quería crear un lugar acogedor y donde a los niños les apeteciera estar. Estoy convencido de que no solo es misión de los libros el atraer a los niños; creemos espacios que cautiven, que atraigan a los niños a tumbarse y perderse en sus historias.

En mis negociaciones con el electricista le propuse retirar todos los fluorescentes de aquella pequeña sala, pero desde su posición de profesional de la iluminación me contestó:

—No, no, no. Que se ve muy bien con esta luz. Ya están así por algo.

Me costó más trabajo convencer al electricista que al alcalde, pero mediante argumentos más emocionales que prácticos terminé por convencerle. Una vez que habíamos desmontado todo el aparato eléctrico, hecho que sucedía por la tarde, es decir, cuando los niños ya se habían ido a sus casas, le ayudé a colocar lámparas flotantes de bolas de papel de distintos tamaños. Fui con una furgoneta que me prestaron en el pueblo a un par de tiendas de Zaragoza y regresé con ella llena de cosas: cuatro o cinco pufs, dos tiendas de campaña para que los niños se pudieran tumbar a gusto. Además colocamos un suelo blando donde también pudieran estar a sus anchas... Siempre me pareció algo antinatural que haya que leer por obligación sentados a la mesa. Cuando un niño coge un libro suele tumbarse donde primero le venga bien. Cuando yo elijo un libro y me apetece estar cómodo hago lo mismo: boca arriba, boca abajo o de lado siempre la letra me entra mejor.

Aproveché un ordenador antiguo y lo llené con carpetas de música clásica. Cada mañana, la misión de Javi (que ahora ya estaba en sexto) era encender el ordenador, seleccionar las canciones que le apetecieran y ponerlo a funcionar para que un hilo de música nos llevara hacia donde los libros nos invitasen a viajar.

Compré dos plantas para darle al lugar un aire más acogedor, y para no arriesgar, cogí una natural y otra artificial. Una de las dos seguro que todavía sigue allí.

Los niños llegaban a las nueve de la mañana y los seis hacían fila todos los días. Nada más cruzar la puerta tiraban las mochilas y se lanzaban a por un libro. Era maravilloso verles sonreír por el hecho de estar en un espacio sin reglas y donde podían sumergirse en historias alucinantes. No estaba escrito en ninguna programación, pero todas las mañanas estos niños ocupaban la primera media hora de clase leyendo. Y una niña de tres que había llegado ese año se sentía tan feliz como los otros cinco niños, y si bien no sabía leer atrapaba cualquier libro, se sentaba sobre un puff y comenzaba a ojearlo con atención. Suele decirse que la mejor manera de

aprender a leer es mirar alrededor e imitar. Y eso es lo que hacía ella. Supongo que ver a niños felices con un libro en la mano era un estímulo suficientemente positivo como para que cada mañana deseara escalar un puf y sentarse cruzando las piernas con un libro distinto en el regazo.

Una de las cosas que os recomiendo hacer es lo siguiente:

Para una biblioteca hacen falta libros, así que decidí acercarme a una librería con el firme propósito de sumergirme en el mundo de la literatura infantil.

—Buenas tardes —saludé—. Venía a comprar unos libros, claro. Cuando alguien pueda atenderme.

Una chica amable se puso a mi disposición y me preguntó qué deseaba.

—Mira, me gustaría ver dónde tenéis a Gloria Fuertes.

Me guió hasta el espacio de Gloria, un lugar donde me gustaría vivir. Me señaló una estantería llena de libros.

—Aquí está.

—Lo quiero todo —dije con ojos como platos.

La chica me miró y se echó a reír, levantó las cejas y cabeceó.

—Ahora —estaba decidido a seguir mi búsqueda—, ¿me llevarías a ver qué tenéis de Gianni Rodari, por favor?

De nuevo caminó delante de mí con paso firme, mostrando que sabía muy bien hacia dónde se dirigía y dejando claro que Gianni era un señor muy visitado, lo cual me alegra sobremanera.

Al llegar al destino, la dependienta, sonriendo, me señaló sin hablar las dos estanterías donde estaban los libros del señor Rodari.

—¡Pues ponme todos también! —Aquello era una fiesta.

Iba yo caminando por la librería con una sensación de satisfacción indescriptible, y detrás, a un par de metros, me seguía la chica que me atendía haciendo equilibrio con los libros. Era como una especie de Pretty Woman pero en librería. Eso hay que vivirlo.

Me obligaban a leer y lo odiaba profundamente. No creo que hubiera algo que odiara más que leer por obligación y las judías verdes. Así que seguía leyendo mis libros cada día.

Una vez más voy a viajar al niño que yo era, y estoy seguro de que vais a compartir este viaje conmigo.

Me situó en un momento de mi niñez, en el que yo estaba en casa y llegaba la hora de ir a dormir. Estaba tumbado en la cama recostado de lado hacia la lámpara, leyendo. Cuando mis padres avisaban de que ya era la hora de apagar la luz, mis historias siempre se quedaban a medias, así que la solución estaba al alcance de mi mano: sacaba una linterna pequeña del cajón y me tapaba con la sábana, que sujetaba entre la cabeza y el almohadón. Encendía la linterna y la sujetaba con la boca, y así podía seguir leyendo.

Me gustaba leer. Me encantaba y aprovechaba esos momentos en la noche. Y mirad: esa inercia de leer por la noche, antes de dormir, perdura desde entonces. No puedo acostarme sin haber leído un poco al menos.

Llegaban las vacaciones de Navidad y siempre había algún maestro que amenazaba y además cumplía con los dichosos deberes de vacaciones. Y entre las tareas que nos mandaban siempre aparecía ésta:

—Tendréis que leer este libro (cualquier título que imaginéis) y sobre él habréis de buscar personajes, localizaciones... y hacerme un resumen de tres páginas.

Me obligaban a leer y lo odiaba profundamente. No creo que hubiera algo que odiara más que leer por obligación y las judías verdes. Así que seguía leyendo mis libros cada día y, cuando se acercaba el final de las vacaciones, apuraba los dos últimos días para el libro obligatorio y hacía el trabajo a disgusto y de mala manera, porque me estaban obligando a leer. Hay que estimular a los niños a leer, no obligar a leer. No podemos convertir un placer en una obligación.

Hay que estimular a los niños a leer, no obligar a leer. No podemos convertir un placer en una obligación.

EL RESPETO A LAS RAÍCES

Veo la escuela como un lugar donde los niños se lo pueden estar pasando bien además de que están aprendiendo, y eso es maravilloso. Pero quizá falta en muchos casos abrir ventanas y puertas y romper muros para que los niños interactúen con lo que tienen cerca e intenten mejorarlo. Hacia allí ha de dirigirse la verdadera educación.

Durante el segundo año en Bureta tuve la oportunidad de trabajar con los niños y su entorno social. Para mí era fundamental que fueran conscientes de la importancia que tiene el respeto a los mayores como también a las raíces. Somos quienes somos gracias a ellos y se merecen toda nuestra admiración.

Por eso decidí filmar un documental con los niños y con los ancianos del pueblo. Hacer, durante unos días, las clases en la vida real. Para ello conté con los niños y sus familias, que harían un recuento de las personas mayores para luego invitarles a participar en este proyecto. Muchas de las personas que aparecen en el cortometraje no son familiares de los niños, lo que dota a esta actividad de un componente social muy enriquecedor: los niños estaban actuando como catalizadores de la gente del pueblo, y con su frescura podían acceder al interior de esas personas. El resultado fue un documental etnográfico de veinte minutos de duración con el que los niños aprendieron de la vida, del respeto y la admiración, y con el que los ancianos tomaron el lugar protagonista que nunca debieron perder. ¿Las preguntas que se les hacían?: ¿Cómo eras de niña? ¿Cómo era la escuela entonces? ¿Cómo ves a los niños de ahora? ¿Qué es para ti el amor?

Y ahí estaba, por ejemplo, doña Pura. Doña Pura no es abuela de ninguno de ellos, pero se ofreció a colaborar en el documental y enseñar a los niños qué hacía cuando ella era pequeña. He de decir que cinco años después de este proyecto, los niños siguen invitándola a sus cumpleaños y ella sigue llevándoles caramelos, y siempre que se cruzan por la calle se saludan con todo el cariño que se guardan.

El rodaje duró unas semanas, y cuando llevábamos grabado medio documental observé que la mayoría de las veces los protagonistas contestaban en pasado. Creí que podríamos darle un giro y decidí hacer que la imaginación de los niños hiciera posible que los abuelos y abuelas cumplieran los sueños que nunca habían podido alcanzar. Bastaría con cambiar la forma verbal por un condicional simple: así, donde uno de ellos decía «Me habría gustado ser cirujano», el resultado era la frase «Me gustaría ser cirujano». Y había pilotos, alpinistas, arqueólogos, maestras, porteras de fútbol...

Lo llamé *Sé*. El título hace referencia, por una parte, al conocimiento, lo que uno sabe, «yo sé», y por otra, se trata de una invitación a ser algo que los ancianos no habían podido lograr.

Con este proyecto se consiguió una unión muy especial entre niños, padres y ancianos del pueblo y creo que de los proyectos que he hecho, aunque todos van a formar parte importante de mi vida, el que me pone la piel de gallina cada vez que lo recuerdo es éste en concreto. Jamás podré olvidar, por muchas cosas que haga y

muchos años que pasen, el instante del estreno.

Tuvo lugar en el pabellón, aunque todo había sido preparado en el mismo sitio que el año anterior, pero una tormenta nos avisó de que ese acto merecía un escenario distinto, para que siempre se recordara tal y como fue además de que, de esa forma, nos aseguraríamos de no mezclar emociones con la película muda de los niños. No cabía un alfiler, y había dispuesto que los últimos en entrar fueran los protagonistas, que tuvieran que caminar todo el pasillo hasta la primera fila entre los aplausos de los espectadores. Las caras de orgullo de los actores y las actrices: ancianos del pueblo; las caras de felicidad de los espectadores: el resto del pueblo y gente de lugares cercanos. Todo permanece nítido en mi retina como otro de los regalos que la educación me ha concedido para disfrutar, y casualmente no tiene nada que ver con que los niños aprendieran mucho Inglés o sacaran buenas notas. Para mí se acerca más al verdadero sentido de la escuela.

Confieso que tengo vértigo, pero la ilusión por hacer las cosas en la escuela te lleva a realizar actos heroicos que jamás imaginarías. Para las tomas finales era necesario grabar desde el aire y convencí a un amigo de mis padres para que me diera una vuelta en un ultraligero, pues para cumplir el sueño de la señora piloto había que rodar a cierta altura. En cuanto me vi en el aire yo no quería ni mirar, solo prestaba atención a la pantalla de la cámara mientras intentaba olvidar que estaba volando en un aparato tan frágil.

Estuve dos años en Bureta; mi pueblo se sitúa a dos kilómetros de allí y siempre que voy a visitar a mis padres hago un giro con el coche y entro en Bureta para ver si encuentro a alguien. Para mí no es un pueblo más: después de los dos años que pasé allí, con todo lo que esa gente me ofreció, Bureta es mi otro pueblo. Era bastante fácil encontrarse a algún protagonista del documental, pues muchas veces se hallaban tomando el sol en la marquesina a pie de carretera hablando de sus cosas. Cada vez que nos vemos, y son muchas, viajamos un rato en el tiempo sentados al sol.

**UNA PROTECTORA VIRTUAL DE ANIMALES DIRIGIDA POR
NIÑOS**

En definitiva, habíamos empezado trabajando el respeto a los animales pero, poco a poco, esa consideración se había extendido a más elementos a nuestro alrededor. Porque el hecho de trabajar la empatía cada día había transformado nuestro mundo, y nuestro comportamiento con los que nos rodeaban era más afectuoso. Puede que fuera porque pasábamos horas juntos cada día luchando por un fin o porque las situaciones que tratábamos nos hacían unirnos más y mirar todos hacia un mismo objetivo. Pero si los primeros meses había rencillas típicas dentro de un grupo heterogéneo, a partir de aquello se disolvieron y la relación entre los miembros del grupo se convirtió en todo un ejemplo.

El Cuarto Hocico es un proyecto de empatía, de sensibilidad; sus pilares se asientan sobre la consideración hacia otros seres que son indefensos, y cuya máxima se basa en dar un paso adelante en lugar de quedarse parado. También recalca la importancia de dar protagonismo a los niños, de hacerlos conscientes de que su actuación puede trascender e influir en lo que tienen a su alrededor. Es un proyecto que habla sobre cómo se invirtió el sentido de la educación: por lo general los niños están acostumbrados a que maestros, padres, madres, maestras, digan «esto es así y así lo tienes que aprender». Ellos investigaban y empezaron a contagiar a adultos y a otros niños también. Este proyecto podría ser el proyecto de Iván.

Iván es un niño de los doce que tenía dificultades al pronunciar la erre. Entraba en clase cada día y solo decía buenos días y adiós, intentaba no hablar porque se sentía incómodo con aquella dificultad que, para él, era un problema. Podríamos haber continuado dando materia y restando importancia a cómo se sentía Iván, y que hubiera seguido así hasta marcharse de la escuela, porque tampoco pasaría nada, porque era un niño que no daba problemas.

Pero en cambio se le facilitaron las herramientas necesarias para expresarse y se convirtió en el líder de los doce niños. Iván era capaz de subirse a una mesa y recitar un fragmento de la obra *El Mercader de Venecia*, de William Shakespeare, con más empaque y serenidad y fuerza que muchos actores. Este niño me acompañó en junio al Precongreso Mundial por los Derechos de la Infancia en Barcelona y durante siete minutos estuvo hablando delante de cuatrocientas personas. Y todos se pusieron en pie y fueron a felicitarle. Una de las frases que dijo al comenzar, fue:

—Podría sentir vergüenza al hablar delante de todos ustedes, pero lo que tengo que decir es demasiado importante como para quedarme callado.

Confieso que se me pone la piel de gallina cada vez que recuerdo aquel momento. Cada niño es un universo, una microhistoria. Pero si no prestamos atención a cada uno de ellos como se merece, muchas cosas pueden quedarse por el camino y quizá no se descubran nunca. Ese niño sigue pronunciando mal la erre, pero este hecho ya no significa una barrera para comunicar lo que quiere contar. Iván es otro de los grandes regalos que me ha dado la educación.

El Cuarto Hocico podría ser también la historia de Mónica, otra niña de aquella clase

que cada vez que nos poníamos a hablar de emociones de cualquier tipo se echaba a llorar. Cualquier tipo de emoción. Se le dieron herramientas para canalizar sus emociones hacia la palabra (una vez más vemos la importancia de hablar en público), y consiguió superar su angustia. Invité a Mónica a hablar delante de trescientas personas en el Premio Medio Ambiente de Aragón y así lo hizo, tomándose sus pausas, mirando a la gente a los ojos... Era algo impresionante.

*Podría sentir vergüenza al hablar delante de todos ustedes,
pero lo que tengo que decir es demasiado importante como
para quedarme callado.*

IVÁN

Cuando fui a presentar este proyecto a Granada hubo alguien que me dijo antes de empezar:

—Lo que haces es muy importante porque los niños son los adultos del futuro.

—No —contesté—, son habitantes del presente y como tales hay que darles la opción de opinar y de actuar. Es lo que tenemos que hacer también en las escuelas.

DEJEN LIBRES A LOS MAESTROS PARA QUE SE FORMEN

*Una frase instalada en el pensamiento colectivo y que hay
que revisar:
«En casa se educa y en la escuela se enseña».*

Hace un año me invitaron a un foro organizado por la Diputación General de Aragón cuyo tema versaba sobre la participación infantil en la sociedad. Era un martes a las diez de la mañana.

Empecé la conferencia y lo primero que hice fue preguntar cuántos maestros o maestras había allí, y para mi sorpresa, no había ninguno. No porque no hubieran querido o no les interesara la temática, sino porque no se les concedió permiso para asistir a este foro. Sin duda, se trata de algo que tendrían que hacerse mirar las administraciones. Si lo que pretenden es contar con gente formada, que abran las vías para conseguirlo.

¿Qué mejor sitio para estimular la participación infantil y adolescente en la sociedad que las escuelas y los institutos? Podemos educar en manada. Un padre o una madre pueden intentar que su hijo sea respetuoso, tolerante, que sea una persona empática, pero cuando llega a la escuela muchas veces resulta difícil aplicar estos valores. Por eso creo que los maestros tenemos la fortuna de poder educar en manada y eso es algo que los padres, sencillamente, no pueden hacer. Una frase instalada en el pensamiento colectivo y que hay que revisar es ésta: «En casa se educa y en la escuela se enseña». Somos un equipo. Los padres han de confiar en los maestros, pues es nuestra profesión y sabemos de esto, pero los maestros debemos contar con los padres para educar en equipo. Todos debemos poner de nuestra parte, mostrarnos abiertos y dialogantes, sin olvidar que el profesional es el maestro o la maestra.

EL RESPETO NO SE IMPONE

Hace tres años me llamaron para participar en un debate en Aragón Televisión sobre si la figura del maestro o de la maestra o del educador, en general, tenía que ser nombrada como figura de autoridad para que nos respetaran más. Por una parte me llamaron a mí y por otra, a alguien que tenía ideas más tradicionales. Esta persona dijo que consideraba que sí, que les respetarían más si nos nombraran figura de autoridad.

Mi opinión no coincidía con la suya, por razones obvias.

—Yo creo —dije— que el respeto no se puede imponer, como no se puede imponer la amistad ni se puede imponer el amor.

Permitidme una reflexión: algo que todos los maestros hemos hecho alguna vez es que cuando dos niños se están zurrando en el recreo les tomamos de la mano, les zarandamos un poquillo y les decimos:

—No, no, muy mal. Eso no se hace, tenéis que ser amigos.

Los niños se van cada uno por su lado y piensas que has solucionado el problema. Probemos, entonces, con dos adultos que se estén zurrando en la calle y les coges de la mano y les dices que tienen que ser amigos. No suele funcionar así, ¿verdad?

Tampoco se puede imponer el amor. Yo no le puedo decir a alguien: «Tú has de amarme». Pues tampoco puedo obligar a alguien: «Tú has de respetarme». Tenemos que ser capaces de buscar la manera de despertar el deseo de ese alguien para que sea mi amigo, para que me ame o que me respete. El respeto, la amistad, el amor salen desde dentro, y por mucho que irracionalmente queramos estirar desde fuera nada surgirá si no nos lo ganamos.

DE LOS LIBROS A LA ACCIÓN

Pensad que vais a ser ejemplo para muchos niños y para muchos adultos, y que cada paso que deis, cada paso, tiene que ir acompañado de la palabra respeto.

Estos niños pasaron de los libros a la acción, salieron del aula y se les permitió actuar en la sociedad. Como hemos visto, hablaron con el alcalde, le entregaron la carta y le dijeron qué les gustaría.

Empezaron a hablar y a dar charlas en otros coles, cualquier cosa que veían en internet o en televisión o en los medios de comunicación les invitaba a movilizarse, escribían una petición y la enviaban. Como la que escribieron al rey Juan Carlos I por el asunto de los elefantes. Yo les avisé:

—Sed conscientes de que no os van a responder. Evitemos frustraciones. Pero lo que sí que vais a conseguir es ser ejemplo para otros niños.

En este sentido yo siempre les digo a los niños:

—Pensad que vais a ser ejemplo para muchos niños y para muchos adultos, y que cada paso que deis, cada paso, tiene que ir acompañado de la palabra respeto.

La carta que iba dirigida al Rey era igual de respetuosa que otras cartas que iban destinadas a personas anónimas. Hablaba mucho con ellos de la facilidad que tenemos los humanos para criticar sin pensar y de forma gratuita muchas veces.

—No hagáis una crítica vacía. Si veis algo con lo que no estáis de acuerdo, ofreced una alternativa.

Por cierto, al Rey le daban alternativas a la caza y le decían que jugara a otras cosas.

JUGUETES PARA NIÑOS A TRESCIENTOS KILÓMETROS

Unas Navidades nos llamaron desde una organización de Barcelona que colaboraba con el Hospital de Mar de la ciudad Condal en la unidad de niños con enfermedades terminales.

—Nos gustaría mucho —nos dijeron— que vosotros mandarais un juguete cada uno para estos niños porque os conocen y les haría ilusión que llegara algo de vuestra parte.

Los doce niños se movilizaron y hablaron con los alumnos de los cuatro pueblos que formaban el Centro Rural Agrupado, y consiguieron ocho cajas enormes llenas de juguetes. Hablamos con Seur sobre la posibilidad de colaborar y al enterarse, obviamente, nos dejaron mandarlo sin coste alguno.

A los pocos días la organización volvió a contactar conmigo y me contaron esto:

—Mira, cuando las enfermeras vieron llegar las ocho cajas de juguetes y supieron de quiénes eran se echaron a llorar y dijeron: «¿Cómo es posible que doce niños y niñas a más de trescientos kilómetros de distancia se hayan preocupado por otros niños que ni siquiera conocen?».

Sin duda éste es otro de los regalos que me ha ofrecido la educación por sacar a los niños de los libros y las programaciones. Sí, los libros de texto son importantes, además de una herramienta fundamental, pero tengamos claro que no son la guía de la vida. Debemos procurar que los padres sean conscientes de que porque un maestro no se sirva de un libro de texto no necesariamente está haciendo las cosas mal. Si un señor decide utilizar solo el libro de texto porque le funciona, me parece perfecto, pero tenemos que darnos cuenta de que a nuestro alrededor se desarrollan muchísimos acontecimientos que no podemos pasar por alto y que suelen constituir una fuente muy rica de aprendizaje.

Estos niños hicieron muchísimas campañas. Entre los premios que recibieron, les dieron uno por ser el grupo más activo de España a favor del medio ambiente, y lo entregó Jane Goodall, primatóloga británica, premio Príncipe de Asturias y Embajadora Mundial por la Paz.

Tuve la suerte de estar con Jane hasta en cuatro ocasiones. Una de ellas fue en Burgos. La doctora Goodall iba a dar una conferencia en el Museo de la Evolución Humana y yo me había inscrito días antes. Al parecer Jane había revisado la lista de reservas y me pidió si podía reunirme con ella en el hotel. Ya había entregado dos premios a mis alumnos: unos niños tan activos le llamaban la atención. Llamaron desde la organización. Yo estaba comiéndome un bocata en un bar y me dijeron:

—Jane preguntaba si querrías ir al hotel un momento a hablar.

Dejé el bocadillo y allí que fui. Estuvimos conversando durante quince minutos, y una de las cosas que me dijo en ese instante fue:

—Quería decirte que allá adonde voy, y viajo trescientos días al año, siempre pongo a tus niños como ejemplo de esperanza para un futuro mejor.

Al cabo de unos meses me confirmaron que aquellas palabras habían sido pronunciadas en otra conferencia.

Estos niños llegaron a hablar también en el Congreso de los Diputados. En aquella ocasión les dije:

—Vais a hablar con los que redactan las leyes; quizá contagiéis vuestra sensibilidad a esas personas, que de seguro ellos también tendrán aunque a veces no lo parezca.

Sé con certeza que estos niños no son extraordinarios aunque hayan hecho cosas extraordinarias. Nuestras aulas están llenas de niños y niñas que están esperando la oportunidad de que alguien les anime a actuar y les abra las puertas. Todos esos alumnos son la esperanza en ese futuro mejor.

CONGRESO MUNDIAL POR LOS DERECHOS DE LA INFANCIA

Algo mágico sucede cuando a un niño se le ofrece la oportunidad de dar un paso adelante y comienzan a cambiar las cosas.

En noviembre de 2014 me invitaron a asistir al Congreso Mundial por los Derechos de la Infancia, en Puebla, México. Se celebraba el XV aniversario de la Convención de los Derechos del Niño.

Fue una experiencia maravillosa porque estaba transmitiendo la idea de que había niños que participaban en la sociedad y que intentaban cambiar cosas, y además lo conseguían. Y era la primera vez que en un congreso de estas características se asociaban conceptos como los derechos de los niños, la participación infantil en la sociedad y la empatía en nuestra relación hacia los animales. Fue allí donde conocí a Norberto Liwski, ex vicepresidente del Comité por los Derechos del Niño de las Naciones Unidas. Acompañados de un café antes de su charla, me contaba entre anécdotas varias la importancia que tiene el hecho de dar oportunidad a los adolescentes de participar en la sociedad, de sentirse útiles. Y recuerdo especialmente una de sus frases.

—La adolescencia es un período de crecimiento, de cambios constantes, de planteárselo todo. No es que hagamos un favor a los adolescentes dejándoles hablar. Es que saldremos ganando si lo hacemos.

Detengámonos un momento y echemos la vista a la Educación Secundaria. Enseguida nos percataremos de que es donde más limitados se encuentran los adolescentes, el lugar donde más encorsetado aparece todo, y donde resulta más difícil llevar a la práctica cualquier proceso de innovación. En resumidas cuentas, es allí donde toda la fuerza vital de los jóvenes permanece enclaustrada en un cuerpo y una mente que en realidad desean reivindicar que son importantes. Donde más movimiento se requiere es donde suele aparecer un mayor inmovilismo.

A los niños, pero muy especialmente a los adolescentes, es importante hacerles notar que su contribución puede ser fundamental, que pueden dar un paso y provocar cambios. Algo mágico sucede cuando a un niño se le ofrece la oportunidad de dar un paso adelante y comienzan a cambiar las cosas. Los niños, niñas y adolescentes tienen cosas muy interesantes que decir y hay que escucharles. Tienen cosas muy interesantes que ofrecer y hay que invitarles a participar en la sociedad.

Y mirad: allí se habló del impacto que había tenido la Convención por los Derechos del Niño veinticinco años después y, ¿sabéis qué? Muchos de los objetivos que se habían trazado en aquella Convención sobre los derechos y la dignidad de los niños seguían sin cumplirse. ¡Veinticinco años después! Parte de que las cosas mejoren está, sin duda alguna, en las escuelas y en los maestros. Los adultos están muy ocupados para replantearse asuntos que incumben a otros. Si queremos una sociedad mejor debemos empezar en las escuelas.

Los niños, niñas y adolescentes tienen cosas muy interesantes que decir y hay que escucharles. Tienen cosas muy interesantes que ofrecer y hay que invitarles a participar en la sociedad.

¡PIZZA CON CAJONES PARA TODOS!

En este apartado, me gustaría hablar de un asunto práctico: cómo organizar un discurso. Todos sabemos que no basta con tener conocimientos sobre lo que vas a hablar. Hace falta saber organizarlo en la mente, plantearse unas etapas que seguir para que no se quede nada en el tintero.

Estoy seguro de que muchas veces os habréis puesto a contar algo importante y luego os dais cuenta de que os habéis saltado detalles que deberías haber expuesto. Para evitar que eso sucediera, propuse a estos pequeños oradores un sistema que nació de manera espontánea en una de nuestras clases y que llevo conmigo. Me refiero a «La *pizza* con cajones».

Se trata de preparar charlas de un minuto de duración, y resulta muy útil para estructurar la información y recordarla con facilidad. Cuando surgió la planteamos así: dibujé un círculo en la pizarra y les dije:

—Esto es una *pizza* sobre vuestra vida, y vamos a dividirla en cuatro trozos. La *pizza* equivale a un minuto. Al partirla en estos cuatro pedazos, cada uno de ellos será de quince segundos.

En cada trozo dibujé un cajón con estos títulos: Pequeño. Familia. Me gusta. Futuro.

Solo es necesario recordar esas cuatro palabras y hablar quince segundos sobre cada una. Eso siempre resulta más fácil que disertar un minuto entero sobre un tema general. Sin darnos cuenta, el minuto habrá pasado.

Nada mejor para estudiar algo que un mapa conceptual, porque la mente trabaja por asociación y no linealmente. Así, tendríamos que pensar solo en las palabras importantes y seguir el discurso basándonos en ellas.

Jornada a jornada íbamos mejorando, y la vergüenza se disipaba al hablar delante de los compañeros. Ensayaban frente al espejo y pulían los fallos que entre todos habíamos descubierto. Les hice escribir una serie de trucos que reforzarían la seguridad en sí mismos. Por ejemplo:

- Llevar el tema muy bien preparado.
- Tener un boli en la mano (una especie de tótem que da confianza).
- Imaginar que hablas con tus amigos.
- Mirar a los ojos de las personas para que sientan que les hablas a ellos.
- Ir jugando con la entonación, el volumen y la velocidad.
- Hacer pausas (el silencio dice más que muchas palabras).
- Formular alguna pregunta al público (directa o indirectamente).
- Todas las palabras tienen que convencer.

Ahora tocaba enfrentarse a una audiencia mucho más exigente: les mandé que reunieran todos los peluches que tuvieran en casa y los colocaran sobre la cama listos para escuchar la charla. Los niños deberían recordar todos los trucos y aplicarlos en su ponencia a los peluches. En realidad los peluches y los animales son un público muy agradecido, porque nunca juzgan y puedes hablarles con toda la pasión que quieras.

Por último, la siguiente recomendación fue que persiguieran a sus padres allá donde estuvieran y que comenzaran a recitarles su exposición, caminando con ellos por el pasillo, mientras preparaban la cena, colocándose entre sus padres y el televisor... Si conseguían saltar este escollo, estarían preparados para plantearse metas más ambiciosas.

Del minuto inicial llegamos a elaborar un discurso de hasta cuatro minutos, y los niños pronto fueron capaces de buscar información, de contrastarla en distintas fuentes, de usar su criterio de selección y preparar sus charlas.

Para hacer de nuestras clases un lugar de aprendizaje global relacioné el tema animal con personajes de relevancia histórica, como Mahatma Gandhi, Martin Luther King, José Saramago o Mark Twain.

Por extensión, añadimos otros personajes o hechos históricos para que aplicaran esta técnica a cualquier faceta de su vida: Mary Wollstonecraft (filósofa y escritora británica que defendió que las mujeres no son, por naturaleza, inferiores al hombre), Albert Einstein, La Revolución francesa, La Primera y Segunda Guerra Mundial, por ejemplo.

Una tarde, cuando ya vi que habían llegado a un nivel más que aceptable, añadí un plus, y les dije:

—Ahora vamos a ser soldados de la palabra. Debéis estar seguros de lo que decís y nada debe distraer vuestro discurso. Tenéis cosas muy importantes que compartir con la gente.

Les expliqué que debían dar la charla correspondiente a uno de esos personajes, concentrados en convencer al público mientras los demás ponían caras y hacían muecas para intentar desconcentrar al ponente. En unos días eran capaces de hablar sin que un gesto les hiciera perder el hilo de la disertación.

En otras ocasiones colocábamos todas las mesas juntas y nos sentábamos alrededor de ellas. Les hacía aprender fragmentos de *Romeo y Julieta* o *El mercader de Venecia*, ambas obras de Shakespeare, y debían recitarlas y dramatizarlas subidos a las mesas mientras transmitían su pasión a todos los compañeros. Conseguido esto, la vergüenza había desaparecido.

¿QUIÉN ES HÉROE O HEROÍNA?

Uno de los conceptos de los que hablaba con los niños era el de héroe o heroína. Yo les decía que un héroe o una heroína no es alguien que lleva los calzoncillos por encima del pantalón ni que puede volar. Un héroe o una heroína es simplemente alguien que intenta que los seres a su alrededor sean felices. Así, un bombero es un héroe; una panadera que guarda una barra de pan para alguien que no se lo puede permitir es una heroína, y un hombre o una mujer que salva a un animal y le ofrece una vida mejor son también un héroe o una heroína. Trabajamos mucho ese concepto y les quedó muy claro.

Entretanto me llamaron para dar una charla a seiscientos niños en Zaragoza sobre el respeto a los animales. Justo cuando iba empezar se me acercó un niño y me dijo:

—Hola. Soy Daniel y salvé un gato.

—Espera un momento aquí al lado —le dije.

Les estuve hablando de la importancia de dar un paso adelante, de no quedarse parado, de no comportarse de forma pasiva, ya que si actúas puedes cambiar algo. Y tocó hablar del concepto de héroe. Se lo expliqué y entonces llamé con la mano a Daniel.

—Ven, Daniel. Cuéntales.

Daniel cogió el micro y dijo:

—Soy Daniel y salvé un gato.

No dio muchas más explicaciones. En ese instante les pregunté a los seiscientos niños presentes qué opinaban sobre Daniel, y los seiscientos gritaron:

—¡Es un héroe!

Y enseguida empezaron a aplaudir. Desde ese instante esos seiscientos niños y niñas tenían un referente a quien seguir, un nuevo héroe al que imitar: era un niño que había salvado a un animal que estaba abandonado. Seiscientos niños que podrían contagiar a otros tantos, y así sucesivamente. Sin duda fue también algo mágico, otro de los regalos que me ha dado la educación y que voy atesorando.

Después de comprobar el resultado de sentirse protagonista del cambio en los niños, lancé Children for Animals, un paraguas gigante que acogiera distintas protectoras creadas por niños alrededor del mundo, y que invitaba a otros niños de otros lugares para que creasen sus propias protectoras y, gracias a la red, comunicarnos. Ahora hay niños en muchas partes del mundo trabajando juntos: Granada, Zaragoza, Barcelona, León, Pontevedra, México, Argentina, Chile, Perú... y siguen creciendo.

Pero no siempre fue fácil, no todo fue un camino de rosas. En numerosas ocasiones los padres de los niños me preguntaban por qué no usábamos los libros, por qué nos distraíamos con ese proyecto de los animales, cuándo íbamos a dar más importancia a la gramática y la ortografía. Y mi respuesta siempre era la misma.

—Tened paciencia y confiad: vuestros hijos están aprendiendo cosas que no están en los libros y, además, aprenderán gramática y ortografía, desde luego.

Creo que no hay mejor modo de resumir lo que esto significó para los padres que

mostrando un fragmento de la carta que una de las madres me escribió cuando su hija ya pasaba al instituto. Adquiere más valor si cabe por el hecho de que los padres de esta niña habían venido multitud de ocasiones preocupados por que su hija no llevara libros. He de decir, por cierto, que de diecinueve faltas que la niña hacía por dictado, terminó teniendo de media una o dos. ¿Será que lo que quería comunicar le hacía fijarse más en el modo de hacerlo?

Cuando nuestra María estaba en cuarto y aún no había hecho ni los nueve años, vino con la historia de una protectora virtual de animales que se iba a crear en su clase. Pensamos que era como unos deberes más, de los que se hacen en un tema y luego pasan a otra lección. Nunca se nos habría ocurrido que podíamos contagiar a otras personas.

Fueron pasando los días y aquello continuaba y la niña cada vez nos contaba más cosas: que si protestas y cartas al alcalde, la tele, los periódicos... y como cualquier cosa que desconocemos y afecta a nuestros hijos, nos provocó algo de recelo. Eran niños muy vulnerables. Entonces te asaltan las dudas: ¿qué están haciendo?, ¿dónde se están metiendo? Pero por otro lado empezamos a notar un cambio en la niña: siempre le había gustado el cole pero de una manera tranquila. Ahora mostraba ilusión, tenía entusiasmo y ante eso nada se puede hacer en contra, ese empuje es el que de mayores solemos perder. Era algo en lo que creían de verdad.

A través de esa pasión hemos visto cómo han aprendido a trabajar en equipo por una causa común, y nunca han pensado que por ser pequeños no podían hacer nada. Todo lo contrario, siendo pequeños se han hecho un hueco, creemos que eso les va a dejar un poso para el resto de sus vidas, les hará percatarse de que pueden conseguir lo que se propongan, o que por lo menos tienen la capacidad de intentarlo, de no conformarse.

Han aprendido, de paso, que el mundo es un lugar mucho más grande, que nadie está solo, que hay mucha gente diferente y otra mucha que piensa igual, que con respeto se llega a todas partes, hasta a ellos mismos. En estos tres cursos los niños han seguido siendo niños y ha habido situaciones de enfrentamientos y rechazos y superaciones, y también a través de El Cuarto Hocico aprendieron a tener empatía, no solo hacia los animales sino también con las personas. No podía ser de otra manera.

DEBERES Y A DORMIR

El tiempo pasa muy rápido. Los padres debéis disfrutar de vuestros hijos y los niños y las niñas han de disfrutar de su infancia.

Soy maestro, así que para ir terminando, os voy a poner unos deberes. Empezaréis a hacerlos ahora, cuando acabéis de leer el libro y hasta la hora de cenar. Tenéis tiempo. Luego, cenaréis y a dormir. Mañana haréis lo mismo: os pondréis con los deberes, y luego cenaréis y a dormir. Alguno de vosotros tendrá extraescolares. Da igual: las extraescolares no diluyen los deberes ni son excusa para que no los hagáis. Tendréis que hacerlos igualmente. Después, a cenar y a dormir.

¿Os habéis puesto en situación? Esto es lo que les sucede a miles de niños. Salen de la escuela y tienen que empezar a hacer tareas: el de Matemáticas pone deberes, el de Inglés también, el de Lengua, la de Religión, la de Francés... Todo el mundo pone deberes porque queremos que todos aprendan de nuestra asignatura, que sepan muchas cosas. Nos hemos metido en una inercia por la que queremos muchos Einstein a los doce años. Además, hay que acabar temarios y programaciones, claro.

Se trata de una realidad con la que conviven muchos niños y muchas familias, y sabemos que muchos de ellos tienen el tiempo justo para acabar los deberes, cenar e irse a dormir. Me parece un castigo inmenso para la infancia.

Cuando hablo con las madres y con los padres que vienen a las tutorías (por lo general más madres que padres), les digo que para mí es muy importante que adquieran el hábito de trabajo y que sepan organizarse la tarde, que sean capaces, hasta las siete de la tarde, de aprovechar el tiempo y ser responsables (desde ciertas edades, por supuesto), en definitiva, que puedan estructurar la tarde. Eso es lo más importante en Primaria. Les digo:

—El tiempo pasa muy rápido. Los padres debéis disfrutar de vuestros hijos y los niños y las niñas han de disfrutar de su infancia.

Yo nací y me crié en un pueblo, uno de mil quinientos habitantes. Salía de la escuela a las cinco de la tarde, tiraba la mochila en el patio (muchas veces mi madre me lanzaba el bocadillo por la ventana) y me iba a hacer cabañas junto al río.

Obviamente les propongo trabajos, aunque por lo general tienen tiempo para hacer y terminar muchos de ellos en clase. El resto, para casa. Si resulta que a las siete no han terminado, pido a las madres y a los padres que me escriban una nota en la agenda: ya será cosa mía cómo solucionarlo.

¿Cómo vamos a pretender que sean seres creativos o curiosos si no les damos tiempo para experimentar?

SOMOS EMOCIONES

Somos emociones, y si somos emociones debemos intentar buscar la emoción en los niños y en las niñas. Tenemos que plantearnos qué les preocupa, qué les gusta, qué les motiva. Supongo que cuando llegáis a casa o cuando estáis en el trabajo, viváis con quien viváis, trabajéis con quien trabajéis, si os sentís felices no hay nada que supere esa sensación. Si, por otro lado, no estáis tan contentos como quisierais, os gustaría contar con herramientas para intentar solucionar esa situación cuanto antes. Al final, queramos verlo así o no, nos resumimos en eso: en una búsqueda continua de la felicidad. Por ello las escuelas han de ser algo más que centros donde se envasan conocimientos para que seamos productivos de cara a la sociedad.

Da igual las carreras que tengas o los idiomas que hables si no sabes respetar a los demás, si no sabes cómo reaccionar ante los estímulos que te lanza la sociedad o cómo intentar alcanzar tu propia felicidad. Ésa debería ser la esencia de la educación. Mi misión como maestro consiste en ofrecer a los niños herramientas para que sean niños y adultos felices en el futuro. Dentro de ese *pack* de herramientas entra el conocimiento, desde luego, pero no olvido nunca que la vida es mucho más que eso.

Da igual las carreras que tengas o los idiomas que hables si no sabes respetar a los demás, si no sabes cómo reaccionar ante los estímulos que te lanza la sociedad o cómo intentar alcanzar tu propia felicidad.

Ya que tocamos el tema de las emociones, voy a dar un salto de la escuela primaria a la universidad. A menudo me preguntan qué cambiaría en la educación y suelo contestar que muchas cosas. Aquí dejo algunas que resultan bastante sencillas de cumplir y cuyos resultados, de llevarse a cabo, nos sorprenderían.

Si yo pudiera cambiar algo en la universidad, en el primer año de carrera de los que van a ser maestros o maestras incluiría una asignatura que se llamaría «Gestiona tus emociones»; el segundo año pondría otra asignatura cuyo título fuera «Ahora que sabes gestionar tus emociones, enseña a los niños y a las niñas a gestionar las suyas». Estoy seguro de que, solo con esto, en unos años, de las escuelas saldrían seres mucho más resistentes, respetuosos, empáticos, tolerantes... con herramientas para enfrentarse a la vida, algo que, por lo general, debemos buscar conforme crecemos y nos hacemos adultos.

También prestaría más atención a la relación entre las universidades y las escuelas, pues entre ambas se abre un abismo de tal envergadura que parecen mundos distintos. Resulta casi increíble que la relación entre una institución y otra se limite a mandar unos pocos meses de prácticas a unos chicos o chicas que están comenzando a acercarse al mundo de la educación. A esto hay que añadir que las clases en la universidad siguen siendo igual que hace años en muchos casos. Hemos de crear nexos, levantar puentes entre ambos ámbitos. Que maestros en activo den clases en la universidad, que los profesores de esta institución pasen algo de tiempo en las aulas con los niños. El diálogo, una vez más, es la clave para la mejora.

Asimismo, los futuros maestros y maestras que aterrizan en las escuelas para hacer sus prácticas se encuentran en ocasiones con un mundo que no es todo lo motivador que desearían. A veces existe un error de apreciación en el concepto de «chico o chica de prácticas» desde el punto de vista del profesorado. Alguna vez he oído decir: «He pedido un chico de prácticas que me vendrá bien y me ayudará con la clase». Nos equivocamos si pensamos que el «chico de prácticas» viene a ayudarnos, señores. Es nuestra obligación como maestros ser responsables y conscientes de que cuando alguien que va a ser un futuro maestro o maestra esté junto a nosotros en clase, hemos de dar el máximo para que aprenda todo lo posible, que cruce la puerta convencido de que éste es un mundo maravilloso donde podemos hacer cosas extraordinarias con los niños. De tal modo que cuando regrese a la universidad esté deseando acabar sus estudios para dedicarse a esto.

Si hubiera un modo de seleccionar desde la universidad a los maestros mentores por su trayectoria, sería perfecto. Quizá sería interesante tener en cuenta la evaluación de los alumnos de prácticas a su tutor.

APRENDER, APRENDER Y APRENDER

A pesar de no haber quedado entre los diez finalistas, la organización me invitó a Dubái para el acto final del Global Teacher Prize. Estuve allí con los diez seleccionados y conocí a gente extraordinaria, maestros y maestras como nosotros. Entre ellos a Kiran, una maestra india que había conseguido parar el tráfico de las calles de Nueva Delhi para que los niños se sentaran en mitad de las calzadas y darles voz. Conocí a Phala, una maestra como nosotros pero de Camboya en este caso, que había logrado crear las primeras escuelas para niños con ceguera. Al parecer, en Camboya, si un niño nace con ceguera la creencia dice que ha hecho algo mal en otra vida y ya no tiene opción de hacer nada, ni siquiera puede acceder a la educación. Ella se plantó ante las creencias y dijo: «¡No!». De ese modo creó las primeras escuelas para que niños y niñas con ceguera pudieran estudiar. Conocí también a Aziz, un maestro normal y corriente de Afganistán que había conseguido levantar escuelas sobre las ruinas que habían dejado los talibanes. También hablé con Stephen, un maestro como nosotros que es capaz de plantar lechugas y crear un huerto en las azoteas de los rascacielos de Nueva York con niños del Bronx.

Y conocí a la ganadora, Nancie Atwell, una estadounidense que conseguía que los niños leyeran cuarenta libros al año, y que con su mirada dulce, infinita, me transmitió un bienestar que raya lo paranormal.

Cuando llegué a España, uno de los primeros comentarios que me hicieron fue:

—Si ha ganado esta señora norteamericana, algo tendrá que ver con las editoriales... algo habrá.

Me dio pena. Podría acercarse a la realidad o no con ese comentario, pero lo cierto es que la maestra que me lo comentó se había agarrado a lo negativo, a la crítica vacía, y me llevó a plantearme de qué estamos contruidos los maestros. No pude menos que contestarle:

—Puede que tengas razón. Puede que los otros candidatos tuvieran más méritos. Pero ni tú ni yo podemos construir escuelas en las ruinas que dejaron los talibanes porque nos cae un poco lejos. Construir huertos con niños del Bronx se lo dejo a Stephen y confío en que un día me invite a ver cómo consigue que adolescentes conflictivos sean felices respetando lo que tienen a su alrededor. Esta señora consigue que los niños lean cuarenta libros al año: intenta imitarla. Si lo logras, cuéntame cómo lo haces y seguiré tus consejos. Y si no, ¿qué puedes hacer tú para mejorar el mundo como maestra?

Aprendamos, siempre: de Finlandia, de aquellos maestros que nos inspiraron, de los compañeros que tenemos justo al lado. Y que los demás aprendan también de lo que nosotros hacemos en nuestras aulas. Además, aprendamos también de los niños, que tienen mucho que enseñarnos.

Conocí a personas maravillosas en Dubái, pero también he conocido a gente tremendamente interesante durante todos estos años. Por eso ahora me siento privilegiado de poder recorrer España y conocer a seres excepcionales. No os

imagináis la cantidad de gente extraordinaria que hay por el mundo y que dedica su vida a la enseñanza. Y ahora en mis viajes tengo la oportunidad de invitarles a gritar: a mostrar sus proyectos y a contagiarnos con su actitud, porque merece la pena que se conozcan, porque tenemos que valorar lo que todas estas personas hacen.

EL TIEMPO PASA RÁPIDO

*Entre esos niños que están en nuestras aulas está el futuro
marido que sabrá respetar a su mujer o la persona que
sabr  dar un paso adelante ante una injusticia e intentar
cambiar las cosas.*

Tenemos que detenemos y bajarnos del vertiginoso ritmo al que nos sometemos y al que sometemos a los niños, y preguntarles. No me cansaré de repetirlo: escuchar es la llave que nos da acceso a nuestros alumnos. Debemos tener claro que nuestra misión no siempre será la de enseñar; quizá nuestro cometido sea escuchar: escuchar para conocer con quiénes estamos tratando. Es curioso, no me lo negaréis, que pretendamos enseñar contenidos a seres de los que no sabemos nada.

Vuelvo a decir que el tiempo pasa rápido, no lo olvidéis. En dos parpadeos los alumnos y alumnas que ahora mismo nos acompañan en las aulas o que vais a tener en poco tiempo si aún no sois maestros, ya no serán niños y niñas. Habrán crecido. Y tened la seguridad de que algún alumno o alumna que ahora asiste a la escuela será el futuro presidente o la futura presidenta de nuestro país. Esos mismos alumnos serán directores y directoras de empresas, pero también entre esos niños está el futuro marido que sabrá respetar a su mujer o la mujer que sabrá respetar a los animales o la persona que sabrá dar un paso adelante ante una injusticia e intentar cambiar las cosas. Por eso es tan importante hablar sobre empatía, respeto o sensibilidad en las escuelas.

LA NUEVA EDUCACIÓN

La idea de una educación global, de la que surjan seres íntegros, es un tsunami imparable. Sin duda, no solo notaremos una transformación si introducimos, por fin, la educación emocional en las aulas. Además, la necesidad de que los niños y niñas participen y provoquen cambios en la sociedad va a llevar a las escuelas a convertirse en centros donde se estimule el compromiso social.

Los educadores en general y aquellos que se dediquen a hacer leyes por el bien de la educación, somos los primeros que tenemos que aprender constantemente y plantear nuestra trayectoria profesional con un propósito de mejora continuo. Fijaos que he dicho «de mejora». Debemos fijarnos en lo que tiene éxito con los niños y aplicarlo sin dudar.

Todo el mundo conoce la historia de la educación en Finlandia: se ha dicho que es maravillosa, que hacen cosas sorprendentes, que el gobierno les apoya y que todos los finlandeses llevan a cabo proyectos muy chulos y son muy rubios. ¿Conocéis las experiencias de innovación que se hacen en nuestro país? ¿No consideráis que sería interesante primero saber qué está haciendo mi compañero de al lado, y si funciona, aplicarlo? No haría falta coger el avión e irnos a Finlandia. Debemos valorar lo que tenemos aquí, hemos de compartir y reproducir los modelos que funcionan. Difundamos los buenos ejemplos para que sean conocidos y, de esa forma, imitados. En España hay gente muy válida, y es a ellos a quienes debemos ofrecer todo el apoyo que sea necesario.

Contemos con ellos para este cambio, seamos esponjas. Aprendamos de lo que están haciendo. En sus clases tienen niños y niñas que cada día están deseando ir a la escuela y aprender. ¿Tal vez sea una pista?

—¿Para qué sirven las Matemáticas? —pregunté en una conferencia.

Ninguna de las respuestas era del estilo «Para hacer cajas de números y dividir por seis cifras» ni «Para saber la escalera de capacidad». Más bien eran del tipo: «Para saber pedir una hipoteca», «Para entender la música», «Para entender lo que tenemos a nuestro alrededor, espacio y tiempo».

—¿Para qué sirve la Lengua? —Fue la segunda pregunta.

Nadie respondió que su finalidad era la de saberse de memoria todos los determinantes o pronombres, ni la lista de preposiciones. Sus respuestas eran: «Para comunicarnos», «Para expresar emociones», «Para decir te quiero», «Para llegar a los sitios».

Todas sus respuestas se relacionaban con la vida. ¿Qué otra pista necesitamos? Hacia allí es adonde tenemos que dirigirnos como maestros. No nos podemos permitir vivir en una burbuja donde los niños pierdan su esencia y terminen en un lugar u otro dependiendo de que saquen un cuatro o un ocho.

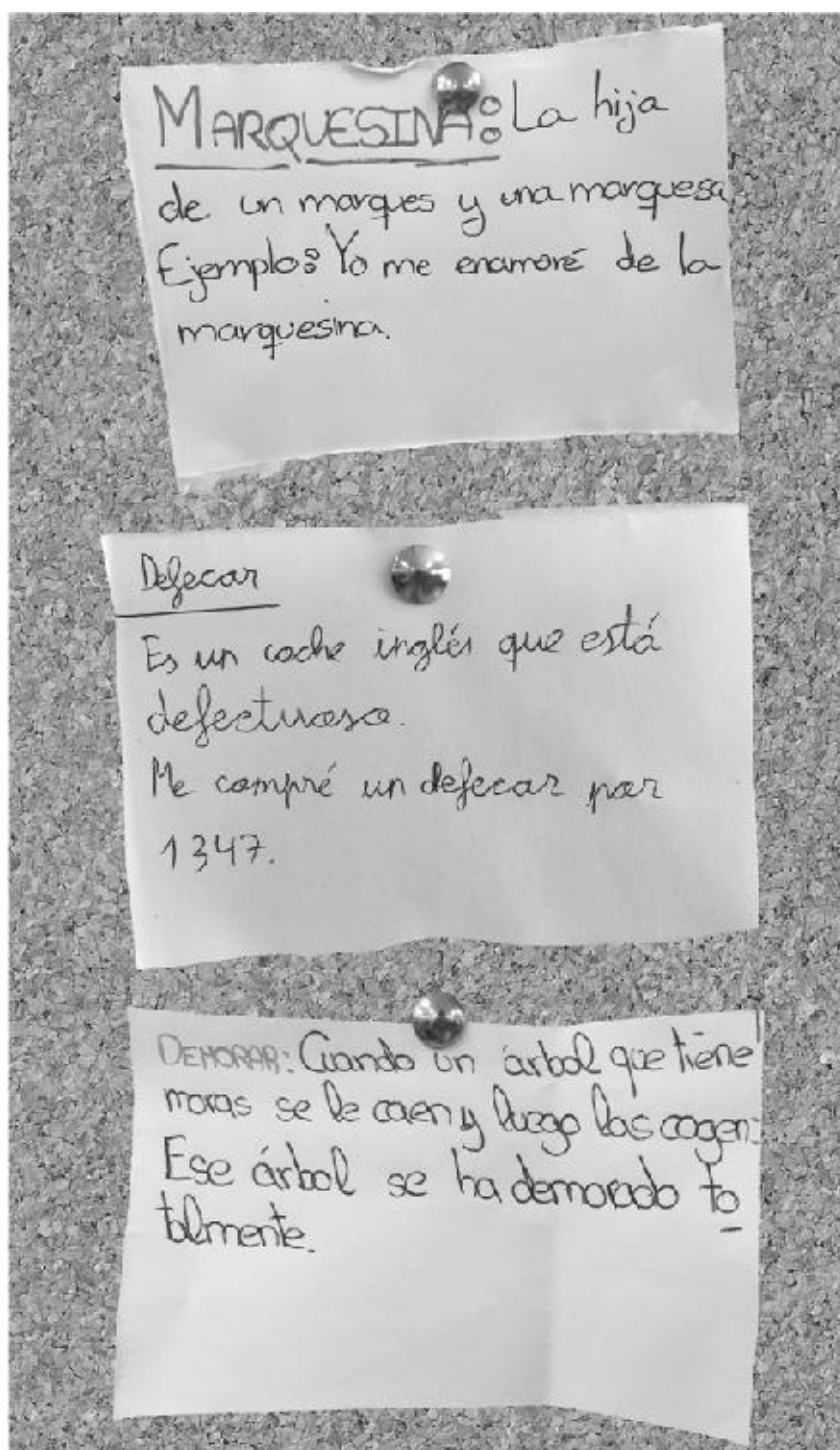
De nosotros, maestros y maestras, depende que este mundo en el futuro sea un lugar mejor, porque cada día que asistimos a clase tenemos la posibilidad de contagiar e influir con nuestra actitud y con nuestra pasión a todas las personas que ahora son

niños pero que rápidamente dejarán de serlo. Hacedles participar en la sociedad, enseñadles a ser respetuosos y luego ocupaos de los datos.

Más allá de estándares, logros, decimales y casillas a rellenar que pretenden transformar a nuestros chicos y chicas en máquinas evaluables, no olvidéis que lo que tenemos enfrente, si nos agachamos un poco y nos ponemos a su altura, son los ojos de un niño que tiene más sueños que una simple nota.

Sed maestros, sed padres, pero no olvidéis lo más importante: disfrutad de ello y contagiad.

Con el fin de mejorar el volumen de vocabulario y al mismo tiempo estimular la creatividad, propuse a los niños de 5.º B del colegio Puerta Sancho que deconstruyeran una serie de palabras que yo seleccionaría del diccionario, que a continuación les dotaran de otro significado al habitual y que, si no las conocían, escribieran lo que les viniera a la cabeza. Fue un experimento maravilloso, y demostró que esas mentes pequeñas escondían máquinas de crear, de desmenuzar lo que ven y fabricar magia donde nadie la ve. Es ver lo grande en las pequeñas cosas, adoptar otra visión a la habitual saltándose todas las reglas que nos someten para enfrentarnos al mundo con una sencillez que nunca deberíamos perder. Aquí dejo una muestra de esas palabras.



UTOPIA: Autovía de medio
carril: Para ir a Barcelona
hay que ir por la utopía.

Denigrante: Emigrante que viene
de la ciudad de Denia.
Ese denigrante ha venido a Madrid

Pionero: Es un prisionero que pide
para escapar de la cárcel.
"El pionero no pudo escapar"

FANTOCHE: Mezcla de Fanta de naranja con ponche. He tomado un fantoche que estaba buenísimo.

PLATÓN: Planta que regala Vobagone. He cambié a Vobagone y me regalaron un platón.

Fideligno: Es un pideo maligno

Frase: Me comí un pideo verde maligno.

Tanga:
Utensilio que se usa para ser más sexy.

Mi prima usa tanga

Crepúsculo:
Músico que cree en dios.
Ejemplo:
El cuádriceps es crepúsculo

Directriz: Es un director que trabaja de actriz.

Frase: Un amigo mío es directriz.

FILÓLOGO:

La típica persona que se dedica a hacer lagos en rosa y azul. Mi vecina es filóloga.

Hedor: Calor por dentro del cuerpo.

Tengo hedor de estómago.

Culturismo: Persona de un país que tiene otra cultura

Su hermano tiene un culturismo diferente

Imágenes

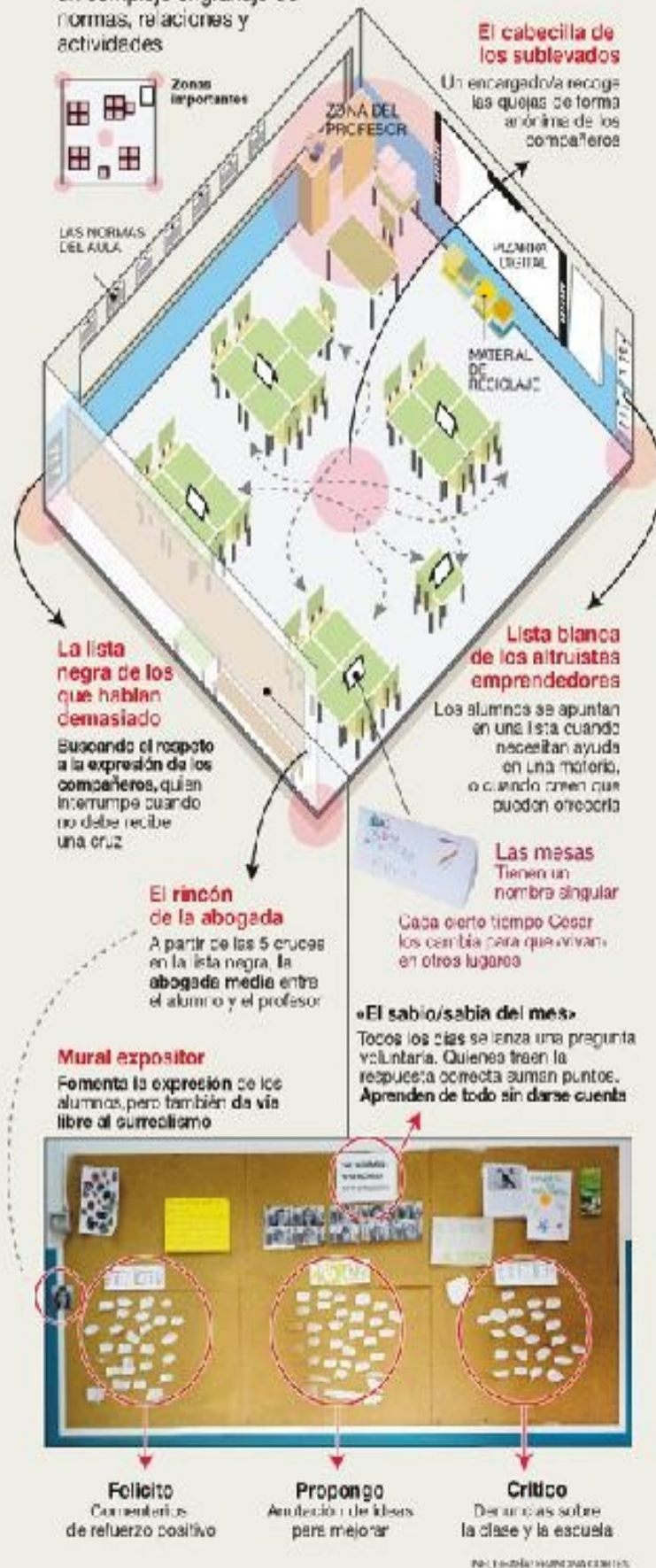


«Las puertas de las escuelas han de estar abiertas; no solo para que entren los niños, sino para que sus ideas salgan y transformen el mundo.»



ASÍ ES EL AULA DE CÉSAR BONA

Un sencillo espacio que contiene un complejo engranaje de normas, relaciones y actividades





En la escuela unitaria de Bureta, de solo seis alumnos de distintas edades, César rodó un corto de cine mudo que ganó un premio ministerial y un galardón en un festival de cine de la India.



En un colegio de «difícil desempeño» logró vencer el absentismo invitando a los alumnos a que ellos le enseñaran a él.



En Muel, un pequeño pueblo de Zaragoza, creó una protectora virtual de animales, dirigida por niños, que logró contagiar a miles de personas.



Su interés por que los niños participen en la sociedad le llevó a ser invitado al Congreso Mundial por los Derechos de la Infancia en Puebla, México.



César fue nominado como uno de los cincuenta mejores maestros del mundo según el Global Teacher Prize, el llamado Premio Nobel de la enseñanza.



Le invitaron al Foro Internacional por la Educación en Dubai como representante español. En la fotografía, con Kiran Bir Sethi, finalista de la India en los Global Teacher Prize.



Se le otorgó el Premio Solidario en los Born To Be Discovery Awards. El cantante Macaco le hizo entrega del galardón.



Cientos de maestros por toda España han seguido a César Bona en sus charlas sobre educación.





Siempre intenta que algún niño lo acompañe en sus conferencias para así darle voz.







Animar a los niños a hablar en público es fundamental para César. La expresión oral debería estimularse en todas las escuelas.



Sus alumnos de 5.º B del Colegio Puerta de Sancho han vivido un año lleno de experiencias extraordinarias.